



Asamblea General

Cuadragésimo noveno período de sesiones

4^a sesión plenaria

Lunes 26 de septiembre de 1994, a las 10.00 horas
Nueva York

Documentos Oficiales

Presidente: Sr. Essy (Côte d'Ivoire)

Se abre la sesión a las 10.20 horas.

Tema 9 del programa

Debate general

El Presidente (*interpretación del francés*): Quisiera recordar a los miembros la decisión que tomó la Asamblea General en su tercera sesión plenaria, que se celebró el 23 de septiembre, en virtud de la cual las felicitaciones a los oradores, después de sus discursos, no se deben realizar dentro del Salón de la Asamblea.

Al respecto, deseo recordar a los miembros otra decisión adoptada por la Asamblea en la misma sesión: que los oradores que intervengan en el debate general, una vez pronunciados sus discursos, abandonen el Salón de la Asamblea por la oficina GA-200, ubicada detrás de la tribuna, antes de retornar a sus asientos.

Asimismo, quiero recordar a los representantes que, de conformidad con una decisión de la Asamblea General, adoptada en su tercera sesión plenaria, la lista de oradores para el debate general se cerrará el miércoles 28 de septiembre de 1994 a las 18.00 horas. Me permito solicitar a las delegaciones que tengan la amabilidad de proporcionar cuanto antes el tiempo estimado de sus declaraciones, con la mayor precisión posible, a fin de planificar ordenadamente nuestras sesiones.

Doy ahora la palabra al primer orador en el debate general, el Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, Su Excelencia el Sr. Celso Luis Nunes Amorim.

Sr. Amorim (Brasil) (*interpretación del texto en inglés, proporcionado por la delegación, del discurso pronunciado en portugués*): Es con gran placer que presento a usted, Sr. Amara Essy, Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Côte d'Ivoire, mis felicitaciones por su elección para la Presidencia de la Asamblea General en este período de sesiones.

Asimismo, quisiera expresar mi reconocimiento al Embajador Samuel Insanally que, como Presidente de la Asamblea en su cuadragésimo octavo período de sesiones, no sólo dignificó a su país, Guyana, sino también a todos los países de la región amazónica y de Sudamérica. También saludo al Secretario General, Sr. Boutros-Ghali, al que expreso mi gratitud por los incansables esfuerzos que ha realizado como jefe de esta Organización.

La fuerza de las transformaciones ha marcado este fin de siglo. En los últimos años se han producido cambios prodigiosos. Estos cambios han sido tan dramáticos que podríamos decir, como Hamlet, que el tiempo está desconectado. El proceso ha sido tan fascinante que algunos se han engañado a sí mismos imaginando que el futuro ya está bajo control. Eso no es así. La transformación no tiene un curso fijo, inexorable. No nos podemos dejar seducir por

interpretaciones apresuradas o por simples apariencias. Tenemos la responsabilidad de dar sentido al cambio y orientar las tendencias de acuerdo con los intereses más importantes de la comunidad mundial.

En noviembre próximo habrán transcurrido cinco años desde la caída del muro de Berlín. Este período basta para evaluar las distancias recorridas y, sobre todo, para marcar un rumbo que nos lleve a buen puerto. La guerra fría tuvo lugar bajo el signo de la negación, una situación que se reflejó incluso en el léxico característico del período. Las expresiones que identificaron y explicaron casi 40 años de relaciones tensas denotaban enfrentamiento, exclusión o, en el mejor de los casos, la coexistencia incómoda de las partes opuestas. Las frases características del día eran “cortina de hierro”, “contención” y “equilibrio del terror”.

Hoy estamos en medio de una transición. Al tomar nota de lo sucedido en los últimos años, podemos decir que los resultados son tenues e imperfectos pero positivos. La causa de la paz ha progresado mucho. La guerra nuclear ha dejado de ser una amenaza inmediata. Los conflictos que muchos de nosotros considerábamos insolubles ya se han resuelto o están en proceso de solución mediante el diálogo y la negociación. En el África meridional y el Oriente Medio se han tomado medidas de importancia histórica tendientes a lograr un mundo más justo y pacífico. En América Central y en el Asia sudoriental hay un progreso tangible. En la mayor parte del planeta la lógica del enfrentamiento está cediendo su lugar a la lógica de la cooperación.

Es esa misma lógica la que queremos ver establecida firmemente en nuestra propia región. La paz y la fraternidad son vocación de América Latina. Nos hemos esforzado por lograr que la República hermana de Cuba vuelva a incorporarse plenamente a la estructura interamericana e internacional mediante una política de manos tendidas, diálogo y acercamiento. El aislamiento político, económico y comercial, además de ser injustificable, sólo contribuye a agravar las penurias del pueblo cubano en momentos en que percibimos señales positivas de reforma democrática y reconciliación. También en este caso la estática del enfrentamiento tiene que ceder el paso a la dinámica del diálogo, echando al olvido los restos de la guerra fría.

Dado un conjunto de características totalmente diferentes, nos interesa igualmente promover una solución duradera de la crisis haitiana, el retorno del Presidente Jean-Bertrand Aristide a su cargo y la reconciliación nacional. Los esfuerzos diplomáticos de la comunidad internacional, que apoyamos firmemente, tienen que tener como punto de

referencia la rápida remoción, por medios pacíficos, de las autoridades de facto, único medio de evitar sufrimientos aún mayores del pueblo haitiano. Consideramos inconveniente que los principios de no intervención y libre determinación sean objeto de interpretaciones incompatibles con las Cartas de las Naciones Unidas y de la Organización de los Estados Americanos (OEA). La gravedad de la crisis haitiana y la urgencia por encontrar una solución no nos impiden ver los riesgos inherentes de una situación que evoca traumas y cicatrices que siguen estando muy vivos en la memoria de América Latina. Cuando se establezca nuevamente el Gobierno legítimo, la comunidad internacional tendrá la responsabilidad de proporcionar asistencia a Haití en la enorme tarea de la reconstrucción nacional.

Aún estamos lejos de una paz universal. Hay conflictos de una crueldad enorme que conmocionan al mundo y son la causa de sufrimientos indecibles para millones de seres humanos. Rwanda y Bosnia y Herzegovina son tragedias emblemáticas de nuestra época. Las escenas de horror que muestran los medios de comunicación testimonian los inconvenientes que existen para hallar soluciones eficaces para los desequilibrios que constituyen un desafío para todos los pueblos. La intensificación de las corrientes migratorias hacia los países desarrollados ha estado acompañada de una exacerbación de la xenofobia y de la discriminación racial.

Existen situaciones críticas que siguen desafiando la capacidad de la comunidad internacional para garantizar la paz y la armonía. En Angola, país tan estrechamente ligado al Brasil por lazos históricos y culturales, somos testigos, con dolor e indignación, de la prolongación del conflicto que constituye la guerra civil más antigua y devastadora que existe en la actualidad. Nos alienta la perspectiva de que las negociaciones que tienen lugar en Lusaka entre el Gobierno de Angola y la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA) pronto lleguen a buen fin. Al rendir homenaje al Presidente José Eduardo dos Santos por su conducta política, instamos también a la UNITA a manifestar un compromiso real con la estabilidad y la paz en el país y pedimos a todos los que puedan ejercer influencia en la crisis de Angola a actuar de la misma forma.

Nos satisface el progreso logrado en Mozambique. El proceso de reconciliación nacional culminará en las elecciones generales que han de celebrarse el próximo octubre, cuando el pueblo de Mozambique pueda escoger, en elecciones libres y justas, al gobierno que conducirá al país en esta nueva era de su historia. El Presidente Joaquim Chissano ha desempeñado un papel fundamental en

este proceso. El Brasil se enorgullece de que tropas brasileñas participen en la reconstrucción de Mozambique, por intermedio de la Operación de las Naciones Unidas en Mozambique (ONUMOZ).

En el caso del Timor Oriental, también hemos tomado nota de que hay indicios positivos en el proceso de negociación que promoviera el Secretario General, para quien tenemos palabras de elogio.

La democracia y los valores vinculados con ella son la mayor conquista de nuestra época. Vivimos una revolución ética. La preocupación por los derechos humanos adquiere características universales, al igual que la conciencia creciente de la necesidad de la probidad pública. La situación internacional ha dejado de ser exclusivamente *raison d'Etat* y ha adquirido una dimensión más humana orientada al bienestar del individuo.

En las esferas económica y comercial, los acontecimientos recientes también son positivos. Tras ocho años de difíciles negociaciones en el marco de la Ronda Uruguay del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), aprobamos los acuerdos de Marrakesh. La Organización Mundial del Comercio (OMC) ofrecerá nuevas y prometedoras perspectivas para las relaciones económicas entre las naciones. El unilateralismo y el proteccionismo, derivados de intereses estrechos, perderán toda apariencia de legitimidad.

El progreso real alcanzado no puede ocultar las dificultades que continúan exigiendo la firme determinación de la comunidad internacional.

A pesar de haber sido incorporados entre los valores reconocidos universalmente, los derechos fundamentales del hombre todavía requieren el apoyo firme y decidido de todos cuantos creen en ellos.

Las condiciones sociales de la mayoría de la población del mundo continúan deteriorándose. En los últimos 20 años se ha profundizado la brecha entre las naciones ricas y las pobres, entre los millones de personas que reciben alimentación y educación adecuadas y disfrutan de tiempo libre, y los miles de millones que luchan por sobrevivir. Las presiones de la migración hacia el Norte desarrollado y los numerosos conflictos del Sur empobrecido son las dos caras de la misma moneda. La juventud, en particular, sigue siendo víctima de privaciones y falta de perspectivas en la mayor parte del mundo.

La globalización de la economía y el fortalecimiento del libre comercio todavía no han demostrado en la práctica su innegable potencial como factores de crecimiento y bienestar. El proteccionismo que aún existe, que ahora se presenta con una nueva apariencia, resiste los embates de la racionalidad económica. La influencia positiva de los acuerdos de Marrakesh enfrenta la importante amenaza de nuevos condicionamientos que restringirán las corrientes de comercio internacional. Cuestiones que son, en sí mismas, legítimas, como la protección del medio ambiente y las normas laborales aceptadas en todo el mundo, no pueden y no deben ser pretextos para imponer barreras aún mayores al acceso de los productos provenientes de los países pobres a los mercados de las naciones más ricas. El costo del reajuste de las economías más prósperas no debe convertirse en una carga para los que poco o nada poseen.

El dominio de la tecnología constituye una importante línea divisoria entre los países industrializados y en desarrollo. Las dificultades para acceder a los adelantos tecnológicos representan un obstáculo para superar las desventajas de los países en desarrollo, puesto que reducen la competitividad de éstos y crean barreras para la transformación de los procesos productivos. La nueva división internacional del trabajo no puede repetir las fórmulas del pasado, que han demostrado ser ineficaces. La integración competitiva de los países en desarrollo en la economía mundial debe sacar partido de las ventajas comparativas dinámicas, no estáticas, con una mayor integración del conocimiento en el proceso de producción. Además de los esfuerzos internos indispensables de cada país, un salto cualitativo semejante requiere un medio internacional basado en la cooperación.

A fin de consolidar la paz y garantizar que el progreso logrado sea irreversible, debemos estar en condiciones de concebir, para nuestro futuro, una utopía alcanzable y progresista. El Brasil está convencido de que un verdadero nuevo orden debe basarse en una perspectiva pluralista y democrática en las relaciones internacionales.

No somos poco realistas al sostener que los Estados y otros actores internacionales dejarán de afirmar sus intereses específicos, a menudo contrapuestos. El hecho es que todos nos veremos beneficiados y nuestros intereses serán mejor atendidos cuando se hayan satisfecho de manera razonable las aspiraciones básicas de la gran mayoría.

La interdependencia debe entenderse de manera integrada y no como la mera expresión de un fenómeno de la

economía de mercado. Presupone la capacidad política para actuar con otros, en forma coordinada, a fin de alcanzar los objetivos que comparte la humanidad toda. En un mundo interdependiente, el mejoramiento de las condiciones de vida de un país pobre puede acarrear consecuencias para la creación de empleos en una nación desarrollada. La integración de quienes están excluidos y la promoción de la participación de todos en los asuntos mundiales no son sólo una obligación moral sino que representan, ante todo, una manifestación de juicio lúcido.

El compromiso fundamental con el desarrollo es la piedra angular del orden al que el Brasil aspira. Este concepto tiene la ventaja de abarcar las necesidades esenciales de todas las naciones, grandes y pequeñas, ricas y pobres. El desarrollo fortalece la libertad, otorga una dimensión concreta a la dignidad del hombre, subraya la eficacia, promueve la estabilidad y mejora la democracia. El desarrollo forja la paz.

El fomento del desarrollo se beneficiará con las enseñanzas del pasado. Debemos formular un concepto de desarrollo que reconozca a cada país como el principal actor en la creación de su propia prosperidad y que incorpore, al mismo tiempo, los diversos rasgos de la dimensión internacional del país en los campos del comercio, la inversión y las corrientes de tecnología.

Un renovado esfuerzo internacional en pro del desarrollo sólo tendrá éxito con la colaboración activa y mutuamente ventajosa entre los países del Norte y los del Sur. El fomento de los intereses de las naciones más ricas requiere que éstas participen en los intentos para mejorar el atraso de las menos prósperas. Opinar lo contrario sería similar a creer que el fuego en la casa del vecino no puede atravesar la cerca y llegar a la nuestra. En síntesis, el precio es tan absurdo, que ni siquiera los más ricos pueden permitírselo.

Las naciones del mundo están llamadas a desempeñar un papel fundamental en la construcción de un sistema internacional abierto y equitativo.

Debemos reformular completamente la misión de las Naciones Unidas en la promoción del desarrollo. No existe otra tarea del mandato de las Naciones Unidas que apoye y fomente de manera más adecuada la paz y cree un orden justo y estable.

Debemos evitar la cristalización de una división indeseable del trabajo entre las Naciones Unidas, por una parte, y las instituciones de Bretton Woods, por otra. La paz

y el desarrollo constituyen un todo indivisible y tienen que apoyarse mutuamente. No se puede mantener a este gran foro apartado de la toma de decisiones sobre asuntos que emanan de objetivos que figuran en su propia Carta.

Estas preocupaciones han estado en el origen del lanzamiento del Programa de desarrollo, en el cual ha participado intensamente la diplomacia brasileña.

Varias Conferencias de las Naciones Unidas, algunas de las cuales ya se han celebrado y otras que se van a celebrar, están contribuyendo de forma importante a aclarar la necesidad de que se examine de forma global y coordinada la cuestión del desarrollo. De una u otra forma el desarrollo fue una cuestión fundamental en Río de Janeiro en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, en Viena en la Conferencia Mundial de Derechos Humanos, y en El Cairo en la Conferencia sobre Población y Desarrollo, y continuará siéndolo en las futuras reuniones que se celebrarán, en Copenhague, sobre desarrollo social y, en Beijing, sobre la mujer. Cada vez es más firme y universal la conciencia del hecho de que las decisiones alcanzadas en estas reuniones sólo producirán resultados eficaces si todas estas cuestiones se examinan de una manera integrada.

A fin de promover un debate sobre todos estos temas en un marco conceptual más amplio, el Gobierno brasileño propone que se convoque una conferencia de las Naciones Unidas sobre el desarrollo, de ser posible en 1996, que trataría de sintetizar las iniciativas y programas destinados a promover la dignidad y el bienestar humanos.

La democracia debe ser la norma de las relaciones políticas dentro de los Estados y entre ellos. Llevar la democracia a la política y a las relaciones internacionales es un objetivo que puede convertirse en realidad. El fortalecimiento del papel de la Asamblea General y la ampliación del Consejo de Seguridad, con la participación de los países en desarrollo en todas las categorías de miembros, son medidas importantes y necesarias en el camino hacia la democratización y una mayor legitimidad.

Igual que otros Estados Miembros, estamos a favor de una reforma del Consejo de Seguridad que aumente su eficacia. Entendemos que dicha eficacia sólo se garantizará con una composición realmente representativa de la comunidad mundial. A comienzos de este mes los Jefes de Estado y de Gobierno de las 14 naciones de América Latina y del Caribe que forman el Grupo de Río se reunieron en Río de Janeiro y declararon que:

“de conformidad con su tradición jurídica y su contribución a la causa de la paz, la región de América Latina y el Caribe tiene que incluirse en toda ampliación del Consejo de Seguridad.”

El Brasil ha participado activamente en el debate sobre la ampliación del Consejo de Seguridad. Hemos indicado claramente que estamos dispuestos a asumir todas las responsabilidades que se exigen a los países idóneos para ocupar asientos permanentes.

Habiendo sido elegido como miembro del Consejo de Seguridad para el período actual, el Brasil ha estado a la altura de sus responsabilidades. Hemos basado nuestras posiciones en el respeto tanto de principios tales como el de la no intervención, como de la soberanía e integridad de los Estados; hemos defendido firmemente tanto soluciones pacíficas y negociadas de los conflictos como el consenso; hemos apoyado el imperio del derecho para salvaguardar el orden público internacional; hemos defendido los derechos humanos y las libertades fundamentales; y hemos participado cada vez más en operaciones de mantenimiento de la paz en diversas regiones del mundo.

Como parte de América Latina, nos sentimos orgullosos de compartir su larga historia de paz. América Latina es la región menos armada del mundo y la única que se ha convertido de forma definitiva, en virtud del Tratado de Tlatelolco, en una zona libre de armas nucleares. La adhesión de Cuba al Tratado, anunciada en una carta del Presidente Fidel Castro al Presidente Itamar Franco como respuesta a una iniciativa del Brasil, ha concluido este proceso.

América Latina ha sido un factor de estabilidad internacional en un mundo turbulento. Nuestra tradición jurídica, construida a través de decenios de esfuerzos para regular las relaciones interamericanas, representa una contribución pertinente a la comunidad internacional. Creemos que el hecho de haber sido pioneros del fomento del desarme, nos da derecho para tratar de obtener gestos equivalentes de toda la comunidad internacional y, en particular, de los Estados que poseen armas nucleares. En este contexto, concedemos especial importancia a la aprobación rápida, mediante compromisos multilateralmente negociados, de medidas eficaces para reducir, y no sólo controlar, sus arsenales, incluido el material nuclear delicado como el plutonio. Es igualmente esencial que concluyan con éxito las negociaciones sobre un tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares y que se firme.

El Brasil está dispuesto a participar en la construcción de un nuevo programa internacional que se base en la participación y cooperación universales en pro de la paz y el desarrollo.

Esta disposición se deriva de nuestra propia identidad. Somos una sociedad pluralista y abierta, que ha surgido de la reunión de diversas culturas y formas de vida, que a su vez dio lugar a una nueva cultura y forma de vida que se basa en la tolerancia y la comprensión. Gozamos de fronteras pacíficamente definidas con 10 países vecinos, y hace más de 120 años que no tenemos conflictos.

La sociedad brasileña, forjada a través del diálogo, la conciliación y la reforma pacífica, vive un momento de afirmación democrática intensa bajo la dirección del Presidente Itamar Franco. Dentro de unos cuantos días celebraremos las mayores elecciones de la historia del país. Casi 100 millones de votantes acudirán a las urnas, en un ambiente de plena libertad, para elegir de entre 35.000 candidatos a sus representantes en las ramas ejecutiva y legislativa a nivel federal y estatal.

Nuestra economía es una de las más diversificadas del hemisferio sur. A medida que nos orientamos hacia la estabilidad económica, con una moneda firme, se hacen favorables las condiciones para que se reanude un proceso sostenido de crecimiento económico que, sin duda, situará al Brasil una vez más entre las economías más dinámicas del mundo.

Hemos logrado progresos importantes para aumentar la exposición de nuestra economía al comercio mundial. El próximo mes de enero pondremos en vigor, junto con la Argentina, el Paraguay y el Uruguay, un arancel aduanero común, y habremos consolidado una Unión Aduanera que puede generar crecimiento y prosperidad, una de las primeras uniones aduaneras entre países en desarrollo. El interés que han manifestado otros países sudamericanos por unirse a MERCOSUR —Mercado Común del Sur— proporciona una prueba amplia de que gradualmente se está materializando la visión de una zona de libre comercio en América del Sur. Estos logros representan un ejemplo claro de la capacidad empresarial de las naciones de América Latina y constituye una medida fundamental con miras a una América del Sur armoniosa e integrada.

Nuestros esfuerzos para desarrollar la cooperación política y económica se extienden más allá de América Latina. De acuerdo con la inspiración universal de nuestra diplomacia, hemos empezado a reforzar los vínculos que

nos asocian con naciones amigas en todas las regiones del mundo, así como a ampliarlos a asociaciones políticas y comerciales nuevas e importantes. Dichas medidas van desde la intensificación de relaciones tradicionales en nuestro hemisferio y con países industrializados hasta fórmulas nuevas y creativas para cooperar con países de África, Asia y el Oriente Medio. En general hemos tratado de elevar el diálogo a niveles cada vez mayores y, en muchos casos, hemos logrado establecer relaciones dinámicas y privilegiadas.

Los lazos entre el Brasil y las naciones africanas se han fortalecido gracias a las medidas adoptadas para dotar de una estructura a la comunidad de países de habla portuguesa. Este nuevo e importante foro unirá a nuestros hermanos y hermanas que habitan en diferentes continentes y llevará a un entendimiento y una cooperación aún mayores.

Sobre la base del Atlántico Sur que compartimos, tenemos la intención de ampliar los horizontes de la cooperación entre América y África, con la fuerza moral y política adicional que ha traído consigo la elección de Nelson Mandela en la nueva Sudáfrica.

La Zona de paz y cooperación del Atlántico Sur transformará dicha región en una zona libre de armas nucleares, lo que constituye un ejemplo de solidaridad y hermandad entre dos continentes. Con este propósito, los 24 países que integran ese foro acaban de reunirse en Brasilia, con resultados sumamente alentadores en lo que concierne a la amistad entre África y América del Sur.

El Brasil desea para sí lo que desea para todas y cada una de las otras naciones. Sabemos que no puede haber felicidad y prosperidad en medio de las privaciones y el infortunio. Junto con la familia de las naciones, el Brasil, que no aprueba ninguna forma de hegemonía, trata de avanzar con confianza hacia la creación de un orden mundial que responda a las aspiraciones de democracia, estabilidad, desarme y respeto de la soberanía de los Estados y que esté comprometido con el desarrollo.

Discurso del Sr. William Clinton, Presidente de los Estados Unidos de América

El Presidente (*interpretación del francés*): La Asamblea escuchará ahora el discurso del Presidente de los Estados Unidos de América.

El Sr. William Clinton, Presidente de los Estados Unidos de América, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente (*interpretación del francés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de los Estados Unidos de América, Excelentísimo Señor William Clinton, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

El Presidente Clinton (*interpretación del inglés*): Señor Presidente: Ante todo, permítame que lo felicite por haber sido elegido para el cargo de Presidente de la Asamblea General en su cuadragésimo noveno período de sesiones. El pueblo de los Estados Unidos espera poder trabajar con usted en la celebración del quincuagésimo aniversario de las Naciones Unidas.

Nos reunimos hoy en un momento de gran esperanza y de cambio. El final de la guerra fría, la explosión de la tecnología y el comercio y la empresa han dado a los pueblos del mundo entero nuevas oportunidades para vivir de acuerdo con sus sueños y con el potencial que Dios les ha dado. Es una era de esperanza; no obstante, en este nuevo mundo afrontamos un desafío tan antiguo como la historia.

Es una lucha entre la libertad y la tiranía, entre la tolerancia y la intolerancia, entre el conocimiento y la ignorancia, entre la apertura y el aislamiento. Es una lucha entre quienes desean construir sociedades libres regidas por la ley y quienes desean imponer su voluntad por la fuerza.

Nuestra lucha actual —en un mundo más tecnológico, más veloz y más caóticamente diverso que nunca— es la lucha ancestral entre la esperanza y el temor.

Tres veces durante este siglo —desde las trincheras de Somme hasta la caída del muro de Berlín, pasando por la isla de Iwo Jima— triunfaron las fuerzas de la esperanza. Pero quienes triunfaron en la primera guerra mundial dilapidaron su triunfo cuando se encerraron en sí mismos, lo que trajo consigo una depresión mundial, permitió el surgimiento del fascismo y volvió a encender la guerra mundial.

Después de la segunda guerra mundial, los Aliados aprendieron la lección del pasado. Ante la nueva amenaza totalitaria y ante la amenaza nuclear, las grandes naciones no volvieron la espalda al desafío del momento. En lugar de ello, eligieron brindar ayuda, reconstruir y liderar. Eligieron

crear las Naciones Unidas y nos legaron un mundo más fuerte, más seguro y más libre.

Nuestra generación tiene una tarea difícil: la guerra fría ha finalizado. Debemos asegurar la paz. Tenemos que evitar la complacencia que siguió a la primera guerra mundial, sin el estímulo de la inminente amenaza a nuestra seguridad que siguió a la segunda guerra mundial.

Debemos garantizar que quienes lucharon y tuvieron el valor de poner fin a la guerra fría —aquellos que, tanto en el Este como en el Oeste, aman la libertad— no han trabajado en vano. Tenemos la sagrada misión de construir un nuevo mundo para nuestros hijos; un mundo más democrático, más próspero, más libre de los odios ancestrales y de los medios modernos de destrucción.

No se trata de un desafío fácil, pero lo aceptamos con confianza. Después de todo, se han derrumbado los muros que en esta misma sala dividían otrora a algunas naciones. Un número jamás igualado de naciones ha elegido la democracia, el mercado libre y la justicia económica. Un número jamás igualado de naciones ha abrazado los valores de la tolerancia, la libertad y la sociedad civil, que nos permiten aprovechar al máximo nuestras vidas.

No obstante, si bien los ideales de la democracia y el mercado libre están en ascenso, ello no constituye en modo alguno el cuadro total de la situación. Terribles ejemplos de caos, represión y tiranía marcan también nuestra época. El siglo XX ha demostrado que las fuerzas de la libertad y la democracia pueden resistir grandes dificultades; tenemos la tarea de velar para que esas fuerzas triunfen en el siglo XXI.

Los peligros que encaramos hoy son menos álgidos y más difusos que los de la guerra fría, pero siguen siendo enormes: los conflictos étnicos que alejan de sus hogares a millones de personas; los déspotas prestos a reprimir a sus propios pueblos o a avasallar a sus vecinos; la proliferación de armas de destrucción en masa; los terroristas que esgrimen sus armas mortíferas; los sindicatos criminales que venden esas armas, o estupefacientes, infiltrándose en las instituciones de las democracias frágiles; la economía mundial que entraña una gran promesa pero también una inseguridad profunda y, en muchos lugares, la disminución de las oportunidades; enfermedades como el SIDA, que amenazan con diezmar nuestras naciones; los peligros combinados de la explosión demográfica y la declinación económica, que han hecho que la comunidad mundial llegara a un consenso notable en la Conferencia de El Cairo; las amenazas ambientales globales y locales que

exigen que el desarrollo sostenible pase a formar parte de la vida de los pueblos de todo el mundo; y finalmente, en muchas de nuestras naciones, las altas tasas de abuso de los estupefacientes y el crimen y el colapso de la familia, con todas sus terribles consecuencias. Estos son los peligros que encaramos hoy.

Tenemos que enfrentar esas amenazas con visión de futuro. Afortunadamente, el fin de la guerra fría nos brinda una oportunidad de enfrentarlas juntos. En nuestros esfuerzos, las distintas naciones quizás actúen en distintas situaciones de formas distintas, pero sus objetivos deben ser congruentes con la libertad y sus prácticas con el derecho internacional. Todas las naciones aportarán a nuestra labor común de conformidad con su potencial particular: económico, político o militar.

Por supuesto, la responsabilidad principal de cada uno de los Estados Miembros de las Naciones Unidas es para con sus propios ciudadanos, su seguridad, su bienestar y sus intereses. Como Presidente de los Estados Unidos de América, mi deber principal es para con los ciudadanos de mi país. Siempre que nuestra seguridad y nuestros intereses nacionales se vean amenazados, actuaremos con otros si podemos, pero solos si tenemos que hacerlo. Emplearemos la diplomacia cuando podamos, pero usaremos la fuerza cuando debamos.

Los Estados Unidos de América reconocemos también que tenemos una responsabilidad especial en estas tareas conjuntas que estamos emprendiendo, la que acompaña al poder, y también la de nuestra larga historia de democracia y libertad. Pero deseamos cumplir con esa responsabilidad en cooperación con otras naciones. El trabajar juntos aumenta la repercusión y la legitimidad de nuestras acciones y el compartir las cargas alivia la de cada uno. No deseamos ser los policías del mundo, pero haremos los que podamos para ayudar a las sociedades civiles a surgir de las cenizas de la represión, sostener las democracias frágiles, sumar más mercados libres al mundo y, por supuesto, frenar las fuerzas destructivas que nos amenazan a todos.

En todos los rincones del mundo, de Sudáfrica al Asia, de Europa Central y Oriental al Oriente Medio y América Latina, y ahora en una pequeña isla en el Caribe, ciudadanos comunes están luchando por construir su propio futuro. El promover su causa es la gran oportunidad de nuestra generación, y debemos hacerlo juntos. Una coalición para la democracia es buena para América. Las democracias, después de todo, probablemente sean más estables y provoquen menos guerras; fortalecen la sociedad civil y pueden proporcionar al pueblo oportunidades económicas y

políticas para construir su futuro en sus propios países, sin tener que ir más allá de sus fronteras.

Nuestros esfuerzos por ayudar a construir más democracias nos dará a todos más seguridad, más prosperidad y más éxito a medida que tratemos de hacer que esta era de cambios formidables sea nuestra amiga, no nuestra enemiga. En mi nación, como en las de todos ustedes, hay muchas personas que se resisten, y es comprensible, a realizar estos esfuerzos, porque a menudo las distancias son grandes o las culturas son diferentes. Hay buenos motivos para la cautela que sienten tales personas. A menudo, las probabilidades de éxito o su costo no están claros. Y, por supuesto, en toda tarea común hay siempre la posibilidad de fracaso y a menudo el riesgo de perder la vida.

Y no obstante ello, nuestra gente —como lo hemos visto en la notable respuesta mundial a la crisis terrible de Rwanda— quiere sinceramente ayudar a su prójimo de todo del mundo y aportar algo a nuestra causa común. Hemos visto que el progreso es también posible. El problema es decidir cuándo debemos responder y cómo superar nuestra resistencia. Esto nunca será fácil. No hay fórmulas simples. Todos nosotros tomaremos esas decisiones basándonos, en parte, en lo distante que está el problema de nuestras costas, en los costos que suponga o en las amenazas que la tarea implique para nuestros propios ciudadanos.

Seguirá habiendo interrogantes difíciles que no pueden borrarse con una fórmula simple. Pero tenemos que confiar en que esos esfuerzos pueden tener éxito, ya se trate de esfuerzos para salvar la vida de la gente ante una tragedia terrible, como en Rwanda, o para evitar la tragedia, como en el Cuerno de África, o para apoyar procesos que están literalmente cambiando el futuro de millones de personas. La historia está de nuestra parte. Debemos confiar en ello. Miremos el progreso de la libertad del que hemos sido testigos el año pasado solamente. ¿Quién, hace un decenio, se hubiera atrevido a predecir los cambios asombrosos que se produjeron en Sudáfrica, en el Oriente Medio y en Irlanda; el triunfo asombroso de la democracia y del gobierno de la mayoría y la reivindicación del propósito de la vida de Nelson Mandela; los esfuerzos valientes de Israel y sus vecinos árabes por tender puentes de paz entre sus pueblos; el afán del pueblo de Irlanda del Norte y de Gran Bretaña por terminar siglos de división y decenios de terror? En todos los casos, el mérito corresponde a los dirigentes de esas naciones y a sus pueblos valerosos. Pero en todos los casos, los Estados Unidos y otras naciones tuvieron el privilegio de ayudar a esas causas.

El aumento de la cooperación entre los Estados Unidos y la Federación de Rusia también debe ser para nosotros un gran motivo de confianza. Es esta una asociación enraizada en la democracia, una asociación que está funcionando, una asociación, no de acuerdo completo, pero sí de genuino respeto mutuo. Después de tantos años de terror nuclear, nuestras dos naciones están dando pasos gigantescos para aliviar las tensiones en todo el mundo. Por primera vez desde la segunda guerra mundial, las naciones de Europa Central y Oriental no están ocupadas por tropas extranjeras. Las naciones bálticas son libres. Los misiles rusos y norteamericanos no se apuntan recíprocamente. Tres de los cuatro miembros nucleares de la ex Unión Soviética han convenido eliminar todas sus armas nucleares de su territorio. Y estamos tratando de lograr acuerdos para detener la producción de materiales fisionables para explosivos nucleares, para desmantelar las cabezas nucleares transparentes e irreversibles, y aun para reducir nuestras armas nucleares y sus transportadores.

Los Estados Unidos y Rusia reconocemos también que debemos cooperar para controlar el peligro creciente de los terroristas que trafican con materiales nucleares. Para asegurar los materiales nucleares en sus fuentes, hemos convenido con Rusia detener la producción de plutonio para el año 2000, construir instalaciones para almacenamiento de materiales fisionables y reservas de combustible para armamentos, y combatir a los criminales que están tratando de pasar de contrabando materiales para explosivos nucleares. Nuestras dos naciones y Alemania han aumentado su cooperación y se han comprometido a un entrenamiento antiterrorista conjunto. Pronto, bajo la dirección de nuestra Oficina Federal de Investigaciones, abriremos una academia de capacitación en la cual los policías aprenderán cómo combatir más eficazmente el tráfico de componentes de armas nucleares, así como el comercio de estupefacientes, el crimen organizado y el lavado de dinero.

Los Estados Unidos también presentarán un programa de no proliferación de amplio alcance: una convención global para detener la producción de los materiales fisionables; esfuerzos para controlar las ambiciones nucleares de Corea del Norte; procedimientos transparentes para desmantelar las cabezas nucleares y nuestra labor para prohibir los ensayos nucleares y ampliar el Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares. Y hoy propongo un primer paso hacia la eliminación eventual de una amenaza menos visible pero mortal: los 85 millones de minas antipersonal que existen en el mundo, una por cada 50 personas en la faz de la Tierra. Pido a todas las naciones interesadas que se unan a nosotros para concluir un acuerdo a fin de reducir el número y la disponibilidad de

esas minas. Librar al mundo de esas armas, a menudo ocultas, ayudará a salvar las vidas de decenas de miles de hombres, mujeres y niños inocentes en los años venideros.

Nuestros progresos en el último año también nos hacen confiar en que, en los años posteriores a la guerra fría, podemos adaptar y construir instituciones mundiales que ayudarán a proporcionar seguridad y aumentar el crecimiento económico en todo el mundo. Desde que hablé aquí el año pasado, 22 naciones se han unido a la Asociación para la paz de la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN). Se han realizado los primeros ejercicios conjuntos, ayudando a dar a Europa la oportunidad de construir un continente más unido en el que las naciones democráticas puedan vivir dentro de fronteras seguras. En Asia, las conversaciones sobre seguridad y cooperación económica producirán mayor estabilidad. Al reducir los temores de las naciones sobre sus fronteras y permitirles gastar menos en defensa militar, nuestra coalición para la democracia puede dar a las naciones en transición una mejor oportunidad para ofrecer nuevas libertades y oportunidades a sus pueblos. Es hora de que volvamos a reconsiderar las estructuras de esta nueva economía mundial y derribar los muros que separan a las naciones, en lugar de esconderse tras de ellos.

En la reunión del Grupo de los Siete celebrada este año en Nápoles, nos comprometimos a esta labor de renovación, a volver a examinar las instituciones económicas que nos sirvieron tan bien en el pasado. En el interés de una prosperidad compartida, los Estados Unidos promueven activamente los mercados abiertos. Si bien está todavía en su infancia, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte ha aumentado en forma espectacular el comercio entre los Estados Unidos y México y ha producido sólo en los Estados Unidos aproximadamente 200.000 puestos de trabajo. Ofrece un modelo para las naciones de todas las Américas que esperamos desarrollar. Esta semana enviaré al Congreso legislación para implementar el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), el mayor acuerdo comercial de la historia. El GATT, y su sucesor, la Organización Mundial del Comercio, promete para todos nosotros un aumento de las exportaciones, salarios más elevados y mejores condiciones de vida, y en los próximos meses y años trabajaremos igualmente para ampliar el alcance de mercados abiertos, comenzando con el Consejo de Cooperación Económica para Asia y el Pacífico y la Cumbre de las Américas, que se celebrarán en una fecha posterior este año.

Aquí en las Naciones Unidas, debemos desarrollar un plan concreto para abordar los retos de los próximos

50 años, incluso ahora que celebramos los pasados 50 años. Creo que deberíamos declarar al quincuagésimo aniversario, que se celebrará el próximo año, no sólo un año de celebración sino de renovación. Exhortamos al Secretario General a que nombre un grupo de trabajo a fin de que, cuando nos reunamos el próximo año, dispongamos de un plan de acción concreto para revitalizar la obligación que tienen las Naciones Unidas de abordar los futuros retos de seguridad, económicos y políticos, obligaciones que todos debemos estar dispuestos a asumir.

Nuestros objetivos deben incluir unas fuerzas de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas de rápido despliegue, eficaces y capaces, y me complace comunicar que, tal como prometí el año pasado y gracias al apoyo de nuestro Congreso, los Estados Unidos aportarán 1.200 millones de dólares para esta cuenta crítica.

También debemos garantizar el avance de las reformas en las Naciones Unidas para que podamos hacer más con menos medios y debemos mejorar nuestra capacidad de responder a necesidades urgentes. Quiero sugerir que es hora de que los miembros de esta Asamblea consideren seriamente la sugerencia del Presidente Menem de crear una capacidad civil de respuesta rápida para las crisis humanitarias.

No perdamos de vista el papel especial que pueden desempeñar el desarrollo y la democracia en la prevención de conflictos una vez se ha establecido la paz. Nunca antes han estado las Naciones Unidas en una mejor posición para conseguir los objetivos democráticos de nuestros fundadores. El final de la guerra fría nos ha liberado de decenios de divisiones paralizadoras. Y todos sabemos que la cooperación multilateral no sólo es necesaria para abordar muchas de las nuevas amenazas a las que nos enfrentamos, sino que es posible abordarlas con éxito.

Los esfuerzos que hemos emprendido juntos en Haití son un buen ejemplo. Bajo el patrocinio de las Naciones Unidas, tropas americanas, a las que se está uniendo ahora personal de una coalición internacional creciente de más de dos docenas de naciones, están dando al pueblo de Haití la oportunidad de ser libre. La diplomacia creativa, la influencia del poder económico y la amenaza creíble de la fuerza militar, han contribuido a este momento de oportunidad. Se restaurará el orden civil esencial. Se detendrán las violaciones de los derechos humanos. Los primeros refugiados están regresando a su país. Los dirigentes militares abandonarán el poder. Se restaurará el Gobierno democrático. El Presidente Aristide volverá. La misión multinacional transferirá sus responsabilidades a una misión de las Nacio-

nes Unidas que permanecerá en Haití durante 1995, hasta que se elija un nuevo presidente. Durante ese tiempo, un esfuerzo multinacional para el desarrollo contribuirá con más de 1.000 millones de dólares para ayudar a Haití a reconstruir su país. En el espíritu de reconciliación y reconstrucción, ayer el Presidente Aristide pidió que se disminuyeran inmediatamente las sanciones a fin de poder comenzar inmediatamente la labor de reconstrucción. En consecuencia, pienso actuar rápidamente, de conformidad con las resoluciones 917 (1994) y 940 (1994) del Consejo de Seguridad, para poder restaurar los servicios sanitarios, el agua y la electricidad, los materiales de construcción para los esfuerzos humanitarios y los materiales para comunicaciones, agricultura y educación.

Hoy anuncio también que los Estados Unidos suspenderán todas las sanciones unilaterales contra Haití, excepto las que afectan a los dirigentes militares y sus partidarios inmediatos. Esto incluirá vuelos regulares cuando pueda utilizarse el aeropuerto y el levantamiento de las sanciones contra las transacciones financieras y las restricciones para viajar. Insto a todas las demás naciones a que hagan lo propio.

En Haití, los Estados Unidos han demostrado que pueden dirigir una fuerza multinacional cuando nuestros intereses son claros, cuando la causa es justa, cuando la misión puede realizarse y las naciones del mundo nos apoyan. Pero el pueblo de Haití tendrá que hacer gala de fuerza y paciencia para caminar por sí solo por el camino hacia la libertad. Toda nueva nación democrática es frágil. Pero veremos el día en que el pueblo de Haití verá cumplidas sus aspiraciones de libertad y en que pueda realizar verdaderos progresos económicos.

Las acciones de las Naciones Unidas en Bosnia, al igual que en Haití, demuestran que pueden realizarse progresos cuando una coalición respalda la diplomacia con la fuerza militar. Por primera vez en su historia, la OTAN, desde que nos reunimos el año pasado, ha realizado acciones militares fuera del territorio de sus miembros. La amenaza del poderío aéreo de la OTAN ayudó a establecer la zona de exclusión alrededor de Sarajevo y a poner fin a la ofensiva de primavera de los serbios de Bosnia contra Gorazde. El ultimátum de la OTAN realizado en febrero fortaleció nuestros esfuerzos de mediación, lo que ayudó a poner fin a la guerra entre el Gobierno bosnio y los croatas de Bosnia, forjando una federación entre esas dos comunidades. Mejoró la situación en Bosnia, pero en las últimas semanas la situación alrededor de Sarajevo se ha deteriorado mucho y una vez más Sarajevo se enfrenta a la perspectiva de su estrangulamiento. Para salvar a Sarajevo

es necesaria una nueva determinación de las Naciones Unidas para aplicar sus resoluciones y la OTAN está dispuesta a actuar.

La situación en Bosnia es otro recuerdo de la mayor ironía de este siglo que ahora finaliza. Este siglo, tan lleno de esperanzas, de oportunidades y de logros, también ha sido una época de profunda destrucción y desesperanza. No podemos sino recordar a los millones de personas que dieron su vida durante las dos guerras mundiales y el medio siglo de lucha de hombres y mujeres en Oriente y Occidente, que acabó por prevalecer en nombre de la libertad.

Pero también debemos pensar en nuestros hijos y en el mundo que les dejaremos en el siglo XXI. La historia nos ha dado una rara oportunidad, la oportunidad de basarnos en el mayor legado de este siglo sin volver a vivir sus momentos más oscuros. Hemos demostrado que podemos avanzar en la eterna búsqueda de la libertad por parte de la humanidad a fin de construir un mundo en el que la democracia no conozca fronteras pero en el que las naciones sepan que sus fronteras siempre estarán seguras, un mundo que dé a todos los pueblos la oportunidad de conseguir su potencial y hacer realidad sus sueños.

El Presidente (*interpretación del francés*): En nombre de la Asamblea General, quisiera dar las gracias al Presidente de los Estados Unidos de América por la importante declaración que acaba de formular.

El Sr. William Clinton, Presidente de los Estados Unidos de América, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

Discurso del Sr. Carlos Salinas de Gortari, Presidente de México

El Presidente (*interpretación del francés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

El Sr. Carlos Salinas de Gortari, Presidente de México, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente (*interpretación del francés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, Excelentísimo Señor Carlos Salinas de Gortari, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

El Presidente Salinas de Gortari: Es muy grato acudir al inicio de este cuadragésimo noveno período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Ahora que se aleja la amenaza de la guerra total y se multiplican los conflictos locales, el esfuerzo infatigable por la paz que ha emprendido Boutros Boutros-Ghali es aún más arduo y merece un mayor reconocimiento. Mis felicitaciones también al Ministro de Relaciones Exteriores de Côte d'Ivoire, Amara Essy, Presidente en turno de esta importante Asamblea.

En su primer medio siglo, la Organización ha promovido trascendentes negociaciones diplomáticas, ha prevenido controversias entre naciones y ha auspiciado la resolución de conflictos regionales y evitado los globales. También ha enfrentado serios límites internos, por momentos cercanos a la parálisis, para el cumplimiento de sus fines. Unas y otros han respondido a la estructura del poder mundial dominante desde 1945, así como al esfuerzo de sus Miembros, países igualmente soberanos pero diversos en sus creencias, en sus expresiones culturales, en sus dones geográficos, en sus niveles de desarrollo.

Las Naciones Unidas son hijas de un tiempo, el de la segunda posguerra. Nacieron para la paz y la seguridad mundiales y para el desarrollo. Entonces, la paz era evitar la conflagración nuclear a la que nos orilló, desde el decenio de 1950, la bipolaridad armamentista. Entonces, la seguridad global era evitar la escalada de conflictos periféricos que pudiesen arrastrar a las Potencias nucleares. Entonces, también, el desarrollo mundial dependía del financiamiento para la recuperación y, por ello, del reciclaje de los recursos de las Potencias victoriosas, exportadoras netas de capital, bajo la forma muchas veces de "ayuda internacional". Esa paz, esa seguridad y el desarrollo así concebidos ya no están más con nosotros.

Hoy, sin el equilibrio bipolar, frente a la intensa competencia financiera y los conflictos regionales, étnicos y religiosos de los últimos años, reconocemos que son otras las maneras en que las Naciones Unidas deben promover la paz, la seguridad y el desarrollo que consigna su Carta fundadora. Ahora, ante otro fin de guerra, la guerra fría, es tiempo de reconocer nuevos contenidos para los objetivos de nuestra Organización mundial, nuevas condiciones para construir respuestas profundas y duraderas a las aspiraciones de justicia y bienestar compartidas por la humanidad.

¿Cuáles son la paz, el desarrollo y la solidaridad que exige este fin de siglo? Hoy la internacionalización de la economía se acentúa y se revela la pluralidad cultural de las naciones, tensionando las relaciones entre grupos, países y

regiones. Los grandes dilemas de nuestro tiempo son, por eso, producto de profundas complejidades en lo económico, en lo político y en el ámbito de las oportunidades de vida digna para todos los pueblos. De ahí el imperativo de encontrar y aplicar nuevas soluciones para los problemas derivados del fin del enfrentamiento bipolar y de las nuevas confrontaciones económicas entre regiones poderosas, cuyos efectos repercuten, en ocasiones con mayor intensidad, en naciones alejadas de estos polos financieros y comerciales. Las respuestas están hoy ya no en las armas, sino en la voluntad de forjar consensos; ya no en la imposición, sino en la capacidad de coordinar las políticas de desarrollo en una competencia justa, regida por normas reconocidas por todos los participantes.

En la construcción de la nueva esperanza debemos perseverar, sin duda, en la erradicación de la amenaza nuclear, de los riesgos de las armas químicas y biológicas y del armamentismo. México invariablemente ha participado contribuyendo a reducir estos peligros. México se congratula de las recientes adhesiones al Tratado de Tlatelolco de Argentina, Brasil y Chile, así como la anunciada por Cuba, adhesiones que concretan el ideal latinoamericano de habitar una región libre de armas nucleares. Deseable es hoy proseguir las negociaciones y poner en vigor la convención para la prohibición total de los ensayos nucleares y aquella sobre armas químicas suscrita en enero de 1993, y hasta la fecha ratificada por apenas 14 Estados.

Pero esto no es hoy suficiente. En el ámbito político enfrentamos al reto de preservar la paz en el respeto a la soberanía de las naciones, a su diversidad cultural y su pluralidad política que, lejos de sucumbir a la imposición o diluirse en la uniformidad, reclaman un espacio propio, tanto en el interior de los países como en el seno de la Organización. Frente a una experiencia dolorosa en el sur de mi país —en Chiapas—, México transformó el reto armado que se nos presentó el 1º de enero, en diálogo político 10 días después; escuchó cuidadosamente las voces de los más necesitados y se comprometió con la vía política de solución en el diálogo y con la libertad, en lugar de pretender el aniquilamiento como era costumbre mundial durante la era de la guerra fría. Este es el espíritu del diálogo político y la paz digna que requieren los nuevos tiempos. Este es el camino de la nueva esperanza.

En el mundo, es cierto, no son pocos los logros obtenidos en fechas recientes. México celebra el avance alcanzado en las negociaciones que nos acercan a una paz duradera en diferentes partes del mundo, de manera especial en el Oriente Medio. No puede tampoco dejar de formular, una vez más, su beneplácito por el fin del *apartheid* en

Sudáfrica y por el establecimiento de un Gobierno democrático en ese país.

México seguirá apoyando con entusiasmo invariable los procesos de paz en Centroamérica y felicita a las partes que avanzan por un camino de diálogo y negociación. Como miembro del Grupo de países amigos del Secretario General, México ha participado en la búsqueda de diálogos directos que finalicen las controversias entre hermanos de países latinoamericanos. Ese es, precisamente, el camino que, por la vía del diálogo reiniciado a partir de la migración ilegal, pondrá fin al viejo diferendo hemisférico entre los Estados Unidos y Cuba, en un marco de pleno respeto a la soberanía y al derecho a la autodeterminación del pueblo cubano.

En cuanto a la crisis en Haití, México reitera su compromiso con el restablecimiento del orden constitucional y democrático. Reitera asimismo la necesidad de privilegiar los medios pacíficos y diplomáticos sobre cualquiera otros, así como de propiciar formas concretas de cooperación que aseguren un mejor nivel de vida para el pueblo haitiano. Sin ello las instituciones democráticas serán frágiles y efímeras.

El uso de la fuerza y la amenaza del uso de la misma, cuando no está en peligro la paz mundial, no son ya referencias para alcanzar los fines que hoy buscan las naciones soberanas. Lo son, en cambio, el intercambio económico, el diálogo político y la obligación compartida de reconocerse y respetarse entre sí, sin excepciones y sin condiciones. Con esta disposición, que a todos beneficia porque a todos obliga, podemos emprender profundas reformas a los organismos internacionales, y de manera fundamental a las Naciones Unidas. El reconocimiento de la pluralidad, el respeto a la soberanía, la formación de consensos son también bases a partir de las cuales las Naciones Unidas pueden construir nuevas formas de cooperación y asistencia técnica, encaminadas a consolidar la democracia y la efectiva tutela de los derechos humanos.

La democracia, como organización política de los pueblos es, sin duda, la mejor forma de facilitar el desarrollo con justicia; es también en ella donde el respeto a los derechos humanos encuentra mayores garantías. La plena vigencia de los derechos civiles y políticos, reconocidos por la enorme mayoría de los Miembros de nuestra Organización, reclama de condiciones económicas en las que cada individuo pueda desarrollar sus potencialidades. El hambre y el desempleo, el narcotráfico y la degradación de los recursos naturales, las migraciones forzadas y los nuevos proteccionismos comerciales atentan contra el desarrollo y el goce de los derechos humanos, y obstaculizan la partici-

pación democrática de los individuos en la construcción de su propio destino. Por ello, la acción coordinada de las naciones frente a estos graves males de nuestro momento puede contribuir a ensanchar la participación política y asegurar mejores condiciones para el bienestar y la protección de los derechos humanos.

Los esfuerzos hasta ahora conducidos por las Naciones Unidas en la materia —como es la creación del Alto Comisionado para los derechos humanos—, son apreciables pero aún insuficientes. Replantear la defensa de los derechos humanos y el fortalecimiento de la democracia supone revisar también el tema del desarrollo a partir de la equidad en el acceso a los mercados, a los capitales y a las nuevas tecnologías. No es casual que la estabilidad democrática florezca ahí donde existen estabilidad económica y crecimiento; no es tampoco casual que la violación de los derechos humanos tenga mayor recurrencia ahí donde la pobreza, el analfabetismo y la enfermedad hacen presa de la población. Avanzar en la democracia, avanzar en el respeto a los derechos humanos exige un nuevo esfuerzo por erradicar desigualdades entre individuos, grupos, pueblos y naciones.

En la esfera económica vivimos los retos y las oportunidades de la interdependencia y la globalidad. Hoy necesitamos avanzar en la armonización de las políticas financieras, tecnológicas y productivas de la economía mundial para lograr un crecimiento generalizado. Sabemos bien que el desarrollo de las naciones más industrializadas puede resultar insuficiente sin el crecimiento sostenido de las naciones en vías de desarrollo. En los próximos años el crecimiento más importante de los mercados para los productos de los países industrializados se dará en los países en vías de desarrollo. Sabemos también que la ayuda puede resultar ineficaz e insuficiente cuando lo fundamental es mover al mundo hacia la igualdad de oportunidades a través de la apertura de mercados para productos de países en desarrollo.

El mundo ha experimentado en los últimos años una transición hacia la apertura comercial que no tiene precedentes en la historia moderna. Este tránsito hacia la globalidad real, en la que por primera vez participan un gran número de países en desarrollo, es indicativo de la confianza renovada de las distintas naciones sobre su capacidad de competir e integrarse a los mercados mundiales. Esta nueva apertura es también una razón para sentirnos optimistas de que el comercio más libre contribuirá a la erradicación de la pobreza. Más comercio se traducirá en más y mejores empleos.

Sin embargo, existen todavía obstáculos a vencer. Debemos estar atentos a las nuevas olas proteccionistas, debemos reconocer que los nuevos recursos financieros son todavía menores a las necesidades de los países en desarrollo, y que muchos de estos países continúan sufriendo caídas en sus términos de intercambio, así como la inestabilidad en las tasas de interés. El reto ante nosotros es eliminar las condiciones que impiden la libre circulación de bienes y servicios, que limitan la creación de empleos, generan migración, exacerbando aptitudes xenofóbicas y obstaculizan la recuperación mundial.

Para esto es necesario que consolidemos la presente apertura de los mercados a la competencia. Ningún instrumento coadyuvará a este fin de mayor manera que la puesta en marcha de la Organización Mundial del Comercio, que complementará a las instituciones nacidas en Bretton Woods. Es imperativo que garanticemos, primero, la ratificación de la Ronda Uruguay por los países que aún no lo han hecho y que, subsecuentemente, aseguremos el funcionamiento efectivo del nuevo sistema mundial de comercio.

Hoy es imprescindible el mantenimiento y ampliación de grandes zonas de libre comercio y construir, en la nueva organización del comercio mundial, nuevas formas de coordinación para que las regiones de libre intercambio sean un impulso y no un obstáculo al comercio mundial. Al avanzar en los acuerdos y tratados comerciales, es imperativo reconocer las asimetrías entre naciones y evitar condicionamientos al comercio —como los temas laboral y ecológico— que, teniendo una justa dimensión comercial, pueden ser utilizados para encubrir, de manera artificial, nuevos proteccionismos. Todas estas son las grandes tareas de la agenda económica de este fin de siglo.

En el ámbito de la justicia social, condición insustituible de la paz, persiste en el mundo una deuda social que es necesario saldar. Sin ello resulta utópico pensar en el avance democrático o en una seguridad y en una paz generalizadas y permanentes. Para ello, las Naciones Unidas habrán de otorgar una clara prioridad al desarrollo y la cooperación dentro de la acción multilateral, y no privilegiar acciones respaldadas en las armas para mantener la seguridad. Tenemos ante nosotros la oportunidad de reordenar nuestras prioridades al abordar, en este cuadragésimo noveno período de sesiones de la Asamblea General, el tema del Nuevo Programa de desarrollo, y así avanzar hacia una paz sostenida, en un desarrollo integral, equilibrado y de alcance global.

La plena realización del desarrollo supone también el aprovechamiento sostenible de los recursos naturales y el mantenimiento de frágiles equilibrios en ecosistemas no pocas veces sobreexplotados, con el consecuente empobrecimiento de sus moradores. Aquí, la agenda fijada por la Organización en la histórica Cumbre de Río de Janeiro, sigue siendo más una aspiración que una realidad. Es imperioso pasar de las palabras a los hechos. En la Cumbre del próximo año, dedicada al desarrollo social, habrá una nueva oportunidad para responder a este vínculo de ecología y desarrollo que es, esencialmente, de justicia.

Requerimos, en suma, de un gran cambio cultural a partir de una simple verdad: la pluralidad política al interior de los países y entre las naciones no es una hipótesis, es una realidad que define y caracteriza a toda colectividad humana. Por ello, México insiste en su oposición al espejismo del pretendido desvanecimiento de la soberanía. La globalización de la economía, hecho innegable de nuestro tiempo, debe conciliarse con la existencia de una pluralidad de naciones soberanas, cuya personalidad y voluntad de existencia no puede negarse, menos aún violentarse sin graves riesgos para la paz.

Sólo a partir del reconocimiento y el respeto a la pluralidad podremos implantar nuevos y mejores mecanismos mundiales de coordinación en materia económica, para lograr una mejor distribución de capitales, tecnologías y formas compartidas de producción. Sólo a partir del respeto a la soberanía de cada nación y al derecho de autodeterminación de cada pueblo podremos construir consensos políticos más amplios y duraderos. Sólo en base a esa conciencia y a una renovada solidaridad podremos sostener, en el tiempo, acciones de efectiva justicia en la esfera social. Con esta visión de futuro podremos enfrentar los desequilibrios existentes de manera corresponsable para una convivencia justa y civilizada. Se trata, en suma, de asumir y reconocer en la pluralidad una manifestación de la libertad, y en la justicia un imperativo de la seguridad en la convivencia entre naciones.

En México a esta visión la llamamos liberalismo social. Esta concepción ha guiado las transformaciones que hemos emprendido para ofrecer una respuesta propia a los retos de nuestro momento. Producto de nuestra historia y de las aspiraciones universales de justicia que compartimos, el liberalismo social nos convocó a una reforma democrática profunda, al cambio de las estructuras económicas, al combate frontal a la pobreza y a una nueva vinculación de México con el mundo. Estamos forjando un Estado reformado que no depende de su tamaño, sino de su

eficacia, para lograr, en la libertad, condiciones de mayor justicia.

De los objetivos del cambio mexicano hablé ante esta Asamblea en 1990. Hoy tenemos resultados que afirman nuestra esperanza y nos dan una mejor comprensión de los retos mundiales. Del liberalismo social proviene la difícil pero gratificante construcción de nuevos consensos políticos para avanzar en la democracia. De ahí el enorme esfuerzo desplegado para corregir nuestros desequilibrios macroeconómicos y elevar la competitividad del país; de ahí, también, la consolidación de nuestro Programa de Solidaridad para beneficio de quienes menos tienen; nuestro esfuerzo por hacer de la protección del medio ambiente un componente del desarrollo; de ahí nuestra diversificación económica con el exterior y nuestro ingreso a organismos como el Consejo de Cooperación Económica para Asia y el Pacífico, la creación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, los correspondientes en América Latina y la pertenencia a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, en donde se gestan nuevas formas de concertación y cooperación internacionales.

Recientemente México vivió una enriquecedora experiencia democrática en sus elecciones federales. En ellas participaron más de 36 millones de ciudadanos, es decir, más del 77% de los electores registrados. Fueron las más vigiladas por partidos, observadores nacionales y visitantes extranjeros. Los mexicanos se pronunciaron por la legalidad y por la paz. Quiero hacer aquí un reconocimiento al apoyo técnico brindado por la Secretaría General de las Naciones Unidas respondiendo a la solicitud del Gobierno mexicano, para preparar y asesorar a grupos de observadores electorales mexicanos.

Hoy ya no es posible perseguir la paz, la seguridad y el desarrollo como metas aisladas, tanto en el orden internacional como en el ámbito nacional. El nuevo equilibrio mundial reclama nuevas mentalidades y nuevas prioridades; una reordenación de las realidades internacionales de acuerdo a reglas consensadas a partir del respeto a la soberanía de cada una de las naciones y del reconocimiento de la pluralidad de los pueblos. La nueva visión hace de las diferencias, oportunidades, de las oposiciones, diálogo y concertación, de los reclamos de justicia, compromiso solidario entre los pueblos.

Nuestro tiempo reclama hacer del desarrollo una prioridad para la paz y la seguridad mundiales, alentando políticas globales de coordinación financiera y de libre comercio con reglas ciertas y equitativas; reconocer en la naturaleza un aliado del desarrollo de cada una de las

naciones y la igual corresponsabilidad de todas en el sostenimiento de los equilibrios globales; desplegar las redes de información para combatir con eficacia el narcotráfico y el terrorismo, que atentan contra la seguridad de todos. Fundamentalmente, unir en democracia y libertad todos los esfuerzos para reducir la pobreza en el mundo. Sin ello no hay paz posible ni seguridad perdurable. Estos nuevos imperativos expresan no sólo ingentes necesidades sino la aspiración de igualdad de las naciones en la construcción de un futuro que sólo será promisorio si es de todos. Este es el sentido de comunidad internacional que encierra la Carta de San Francisco, futuro que nadie tiene derecho a negar a las generaciones de mañana.

Hoy, como entonces, la paz sólo puede preservarse en la observancia del derecho. Hoy, más que antes, la seguridad reclama el mayor desarrollo de cada nación, de cada país, para poder hacer realidad la esperanza de un futuro común. Las Naciones Unidas, nuestra Organización, siguen siendo el foro de excelencia para alcanzar estos nobles propósitos.

El Presidente (*interpretación del francés*): En nombre de la Asamblea General, quiero dar las gracias al Presidente de los Estados Unidos Mexicanos por la declaración que acaba de formular.

El Sr. Carlos Salinas de Gortari, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

Discurso del Sr. Henri Konan Bédié, Presidente de la República de Côte d'Ivoire

El Presidente (*interpretación del francés*): La Asamblea escuchará ahora el discurso del Presidente de la República de Côte d'Ivoire.

El Sr. Henri Konan Bédié, Presidente de la República de Côte d'Ivoire, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente (*interpretación del francés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de la República de Côte d'Ivoire, Su Excelencia el Sr. Henri Konan Bédié, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

El Presidente Bédié (*interpretación del francés*): Los períodos de sesiones de la Asamblea General nos ofrecen todos los años la oportunidad de echar una mirada amplia

sobre los grandes problemas del mundo y de interrogarnos sobre las perspectivas de su futuro.

Por mi parte, me honra hacer uso de la palabra por primera vez ante esta Asamblea en mi calidad de Presidente de la República de Côte d'Ivoire. Mi emoción es tanto más grande al reencontrarme con este alto sitio de la historia contemporánea, ya que he participado aquí mismo en numerosas reuniones cuando era un joven Embajador de mi país ante la gran nación norteamericana, en Washington.

Un recuerdo especial que guardo de todos esos años fue el de haber representado solo a mi país cuando el Consejo de Seguridad lo admitió como miembro de la comunidad de naciones soberanas, hace de esto 34 años.

Me siento también muy orgulloso por el hecho de que usted, Señor Presidente, digno hijo de Côte d'Ivoire y de África, conduzca las deliberaciones de este cuadragésimo noveno período de sesiones de la Asamblea General de nuestra Organización. Este orgullo es compartido por todo el pueblo de Côte d'Ivoire, en cuyo nombre le transmito nuestras cálidas felicitaciones por su brillante elección para ocupar este cargo de tanto prestigio.

Esta elección es prueba de la confianza y estima de que disfruta en este foro, gracias a sus calidades de diplomático experimentado y a sus grandes conocimientos en materia de relaciones internacionales, adquiridos durante más de dos decenios, en particular en Ginebra y Nueva York. Asimismo, es un reconocimiento del pragmatismo equilibrado con que, durante 34 años, Côte d'Ivoire ha conducido su política exterior.

Por lo tanto, estoy convencido de que usted dirigirá las labores de este período de sesiones en forma competente y atinada.

Permítaseme dar las gracias a su predecesor, Su Excelencia el Embajador Samuel Insanally, por la destacada labor que realizó durante su mandato, y asimismo a todos los miembros de la Mesa.

Por último, en nombre de mi delegación y en el mío propio quisiera rendir un merecido homenaje al Sr. Boutros Boutros-Ghali, Secretario General de la Organización, por su actuación valiente y sus esfuerzos incansables en pro de la paz y de la comprensión entre los pueblos. Una vez más le queremos asegurar que puede contar con nuestra plena confianza y nuestro apoyo total en su búsqueda de soluciones pacíficas para los problemas del mundo.

También quisiera aprovechar esta ocasión para expresar, en nombre de todos los ciudadanos de Côte d'Ivoire, nuestros profundos y sinceros sentimientos de gratitud a los eminentes representantes de los Estados aquí reunidos por el enorme testimonio de amistad y solidaridad que se manifestó respecto de mi país cuando falleció el Presidente Félix Houphouët Boigny.

El homenaje a su memoria en esta misma sala, el 9 de diciembre pasado, y las emocionantes expresiones de condolencia el día de su funeral, el 7 de febrero de 1994, quedarán para siempre en la memoria colectiva de los ciudadanos de la Côte d'Ivoire.

Me complace aprovechar esta oportunidad para asegurar en forma solemne a la comunidad internacional que estoy decidido a continuar la política de apertura y la búsqueda de la paz que inició mi ilustre predecesor.

El fin de la guerra fría permitía esperar relaciones fecundas basadas en la paz y el desarrollo económico y social compartido. Ahora, ante la sorpresa general, el mundo, al que las Naciones Unidas están destinadas a servir, entró en una etapa de incertidumbre. Nadie pensaba que la caída del muro de Berlín, cuyo simbolismo representó el comienzo de los grandes cambios que vivimos desde 1989, pondría al descubierto defectos tan graves, que hoy están apareciendo en las formas más insostenibles de las relaciones humanas. De hecho, nos avergüenza la idea de ser testigos de tensiones políticas, étnicas y religiosas y de conflictos armados que creíamos eran cosa del pasado.

Los ejemplos dolorosos de la ex Yugoslavia, de Angola, Burundi, Liberia, Rwanda y Somalia nos muestran la intensidad de las tragedias que estamos experimentando.

En lo que respecta a Liberia, la aplicación del Acuerdo de Cotonú, del 25 de julio de 1993, está tropezando con inconvenientes en el terreno. En realidad, aparte de las dificultades que surgieron en el establecimiento de instituciones y en la formación del Gobierno de transición, este Acuerdo se ha enfrentado a la cuestión delicada del desarme de las facciones. Ese desarme fue la condición previa de las elecciones que inicialmente se habían previsto para el 7 de septiembre de 1994.

Desafortunadamente, de una fuerza evaluada en aproximadamente 60.000 combatientes, sólo 3.000 soldados del Movimiento Unido de Liberación por la Democracia (ULIMO) y el Frente Patriótico Nacional de Liberia (NPFL) han entregado sus armas desde los primeros días de las operaciones de desarme. Desde entonces, la proliferación de

facciones y la desconfianza recíproca han congelado las posiciones. Esperamos que el acuerdo recién concertado en Ghana, el 12 de septiembre de 1994, tenga mejor suerte y conduzca a elecciones generales y al ejercicio de la democracia en Liberia.

Se sabe que Côte d'Ivoire, desde hace muchos años, se ha esforzado mucho por lograr una solución pacífica para este conflicto, que tiene repercusiones de toda clase en la subregión, especialmente en mi país.

En cuanto a la tragedia de Rwanda, pese a la carga que significa el conflicto liberiano sobre nuestra economía, estamos dispuestos a participar, en tanto recibamos el necesario apoyo logístico, en los esfuerzos de la comunidad internacional para restaurar la paz en ese país asolado. Aquí deseamos encomiar la valiente iniciativa de Francia de prestar asistencia humanitaria a la población que ha caído víctima de esta tragedia.

Hay otras medidas, particularmente las adoptadas por nuestra Organización y por otros Estados Miembros en el marco de la Misión de Asistencia de las Naciones Unidas a Rwanda (UNAMIR), que también merecen nuestro estímulo.

En lo que respecta a estos focos de tensión, ya sea en el continente africano o en otras partes del mundo, hacemos el mismo llamamiento en pro de la paz, la tolerancia y la comprensión. Como solía decir mi ilustre predecesor, el fallecido Félix Houphouët Boigny, un hombre hambriento no es un hombre libre. Estos problemas sociales y políticos que han surgido en varios Estados, en su mayoría tienen origen en la miseria, la extrema pobreza, el hambre, el temor, la injusticia, la exclusión, la ignorancia y la intolerancia. Por eso, cuando ha terminado la guerra fría y nos acercamos rápidamente al quincuagésimo aniversario de nuestra Organización, Côte d'Ivoire quisiera proponer a esta Asamblea que 1995 sea proclamado Año Internacional de la solidaridad universal.

Todos los hombres y mujeres no sólo deberían evitar los odios tribales, religiosos, políticos e ideológicos, sino que también deberían contribuir individual y colectivamente a la campaña contra el hambre, la enfermedad y la ignorancia y propiciar la realización del ideal del bienestar compartido.

Mientras el mundo sigue desintegrándose, varios acontecimientos particularmente positivos constituyen motivos genuinos de satisfacción y dan lugar a la esperanza.

Al respecto, con gran alegría, en nombre de Côte d'Ivoire doy una calurosa y fraternal bienvenida a la delegación sudafricana. Como ya lo hice en Túnez en la trigésima Cumbre de la Organización de la Unidad Africana (OUA), quisiera aprovechar esta feliz circunstancia para reiterar al Presidente Nelson Mandela nuestras sinceras felicitaciones por su brillante e histórica elección como conductor de una Sudáfrica democrática y multirracial.

El segundo motivo de satisfacción proviene del Oriente Medio, con la firma del acuerdo de autonomía de Gaza y Jericó, firmado en Washington el 13 de septiembre de 1993 entre Israel y la Organización de Liberación de Palestina (OLP), cuya puesta en marcha comenzó con el arribo del Presidente Yasser Arafat a Palestina y la constitución del primer Gobierno palestino.

Quisiera felicitar aquí a los artífices israelíes y palestinos de este proceso, así como a todos los que han propiciado este acontecimiento, unánimemente acogido con beneplácito. Nos sumamos a esta importante y noble empresa y esperamos que una paz justa y duradera reine definitivamente en una región tan delicada como el Oriente Medio. El mundo necesita la paz más que nunca, a fin de liberar las energías que son indispensables para el florecimiento del ser humano. Por esta razón, me es especialmente cara la democracia, entendida como un medio para garantizar las libertades y promover la iniciativa privada y la participación de todos los ciudadanos en el desarrollo.

A este respecto, mi Gobierno y yo mismo hemos fijado como prioridad favorecer en Côte d'Ivoire un verdadero pluralismo político, fortalecer las instituciones democráticas y garantizar su buen funcionamiento. En nuestra época, la democracia es ineludible y se impone a toda la sociedad humana; nuestra prestigiosa Organización universal no constituye una excepción.

Por ello, los debates realizados desde hace algunos años sobre la reestructuración de determinados órganos, particularmente del Consejo de Seguridad, nos parecen oportunos a fin de proporcionar una base más amplia para la representación de los Estados Miembros, sin perjudicar su eficacia.

Además, la comunidad internacional se apresta a celebrar, en octubre de 1995, el quincuagésimo aniversario de la Organización. Será esa la ocasión de hacer un balance, a nuestro juicio positivo, de esta institución a la que la humanidad tanto le debe. Será también el momento de recordar que los padres fundadores se levantaron contra la

injusticia del desarrollo desigual. Ellos previeron las consecuencias trágicas que, lamentablemente, advertimos hoy.

Los esfuerzos para instaurar una mayor justicia en las relaciones económicas internacionales no dieron los resultados esperados; por ello puede decirse que la brecha entre los países desarrollados y en desarrollo aumenta en forma exponencial. Mientras que los primeros se siguen beneficiando con niveles de vida y bienestar en constante aumento, los segundos, por el contrario, sufren un deterioro aún más grave de sus economías, cuando no una pauperización generalizada. Las elevadas tasas de crecimiento observadas en algunos de estos países no permiten abrigar ilusiones ni dan motivo para creer que pueda modificarse en forma sustancial esta lamentable tendencia.

Las fronteras de la pobreza, en África como en otros lugares, retrocederán solamente si la comunidad internacional y, en particular, las Naciones Unidas reestructuran los mecanismos de cooperación internacional y promueven resueltamente el desarrollo de esos países.

La crisis económica y financiera que África viene padeciendo desde comienzos de la década de 1980 ha causado la reducción del crecimiento prácticamente en todos los países del continente. Casi todos los parámetros e indicadores económicos de estos países son, en la actualidad, negativos, a pesar de las valientes medidas de recuperación y reestructuración económica.

Es por ello que pedimos una solidaridad cada vez mayor entre el Norte y el Sur, es decir, una verdadera colaboración basada en la consideración de sus genuinos intereses, en una economía internacional compartida.

¿Acaso la comunidad internacional no percibió rápidamente esta necesidad de complementariedad y solidaridad al preconizar, ya en 1974, un nuevo orden económico internacional más justo y más equitativo?

Ante los trastornos geopolíticos y los cambios de composición de los bloques económicos, y en vista de las duras pruebas que han debido atravesar, los países africanos han manifestado su voluntad común de integración al firmar en Abuja, el 3 de junio de 1991, el Tratado de creación de la Comunidad Económica Africana. El Tratado, que entró en vigor el 3 de junio de 1994, es prueba de nuestra determinación por superarnos.

No obstante, todos nuestros esfuerzos serán vanos sin un ambiente económico internacional favorable y el apoyo considerable de la comunidad internacional.

Côte d'Ivoire, por su parte, duramente castigada por la crisis económica en los últimos años, desde 1981 ha emprendido numerosos programas sucesivos de ajuste estructural. Estos sacrificios, tras veinte años de crecimiento económico sostenido, mostraron con claridad que es necesaria una mayor participación nacional en la formulación y la puesta en práctica de la política de desarrollo.

Las reformas económicas iniciadas bajo los auspicios de las instituciones internacionales exigieron un esfuerzo importante al sector rural, que constituía la base de nuestro desarrollo, sin un crecimiento proporcional de las inversiones sociales en beneficio de este sector.

El cambio en la paridad del franco CFA, que tuvo lugar a principios de este año en 14 países africanos, está encaminado a orientar la economía nacional hacia la exportación, a fin de reactivar la economía. Este retorno al crecimiento no será posible sin la adecuada integración de las preocupaciones de los diversos grupos sociales.

Côte d'Ivoire está considerado como uno de los países africanos que ha realizado las inversiones más considerables en recursos humanos en los primeros años de independencia. Cerca del 7% de su producto interno bruto se destina, como promedio, a la educación. En nuestra subregión, mi país sigue siendo el que tiene más profesionales en todos los sectores de la actividad económica. Por consiguiente, una valorización apropiada de los recursos humanos es esencial como condición ineludible en la búsqueda de un nuevo crecimiento con desarrollo.

Por eso es importante que se realicen más esfuerzos y que se proporcionen los medios adecuados para fortalecer la lucha contra los grandes flagelos que afectan a distintas regiones de África y que hipotecan peligrosamente el futuro de nuestras sociedades. El paludismo, enfermedad tradicional de nuestro continente, y el SIDA, que apareció hace un decenio y cuya violencia es conocida, son actualmente las endemias más importantes que agobian a África que, no obstante, aspira al desarrollo y no oculta su deseo de lograrlo.

La observación de los tres últimos decenios de la vida del mundo proyecta la imagen de un continente africano que ha pasado de un período de crecimiento a otro caracterizado por el deterioro constante de la productividad, la agravación general del problema de la pobreza, la reducción de los parámetros sociales. En resumen, por una degradación progresiva de la situación económica.

Hay que reconocer que la comunidad internacional no abandonó a África. Tanto en el plano bilateral como en el de los organismos multilaterales se elaboraron políticas destinadas a enfrentar las situaciones concretas vividas por los países de nuestro continente. Estos esfuerzos son encomiables porque son una manifestación concreta de la necesaria solidaridad humana.

Pero el mundo cambia. Y África sabe que debe, con su propia capacidad, conquistar el lugar que le corresponde en los intercambios mundiales y desempeñar el papel eminente al que le predestinan sus inmensas capacidades. Hoy más que ayer es consciente de su haber, así como del desafío que representa su posición casi marginal en relación con las otras regiones del mundo.

Sabrán aprovechar las numerosas oportunidades que se le ofrecen contando en primer lugar con la voluntad de su población, con su inteligencia y creatividad, con sus capacidades de reflexión y de iniciativa, para participar en la elaboración y aplicación de políticas de desarrollo a largo plazo. También contará con el resto de la comunidad internacional, socio indispensable, para elaborar nuevas formas de solidaridad activa, mutuamente beneficiosas, que se apliquen respetando plenamente la dignidad de todos los protagonistas.

Naturalmente, siguen existiendo problemas, algunos de los cuales están vinculados a un pasado reciente, como el de la deuda, que parecen constituir un obstáculo para el desarrollo de nuevas iniciativas. La comunidad internacional, los países amigos, deben entender que el endeudamiento, destinado precisamente a asegurar el desarrollo de un país, no debe volverse contra el mismo y convertirse en un freno impuesto deliberadamente a su crecimiento. Ya se han preconizado soluciones a este problema y todas pueden favorecer la vuelta del crecimiento y nuevas formas de cooperación.

Pero África debe prestar atención a los nuevos desafíos. Por ejemplo, debe pensar en proteger y preservar su medio ambiente para garantizar a las generaciones presentes y futuras un marco adecuado y sano en el cual se desarrollen armoniosamente todas las formas de vida. Debe aprovechar las grandes posibilidades que le ofrecen los recientes acuerdos sobre la organización del comercio mundial para incorporarse de forma resuelta a la corriente de los intercambios mundiales.

Como el continente más rico en reservas de materias primas debe, por último, familiarizarse con la tecnología para adaptarla a sus necesidades. Esta será la base de su

despegue real. Desde hace tiempo ha tomado conciencia de todos estos imperativos. Ha comenzado, con enfoques sucesivos, sobre todo mediante la agrupación subregional y continental, a darse los medios para su reanimación.

África tendrá éxito. Logrará conjurar la fatalidad que parece abatirse sobre ella. Logrará deshacerse del subdesarrollo e incorporarse de forma positiva en la enorme labor de un futuro próspero para toda la humanidad.

El Presidente (*interpretación del francés*): En nombre de la Asamblea General, quiero dar las gracias al Presidente de la República de Côte d'Ivoire por la declaración que acaba de formular.

El Sr. Henri Konan Bédié, Presidente de la República de Côte d'Ivoire, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

Tema 9 del programa (*continuación*)

Debate general

El Presidente (*interpretación del francés*): El siguiente orador es el Ministro de Relaciones Exteriores de Finlandia, Su Excelencia el Sr. Heikki Haavisto, a quien concedo la palabra.

Sr. Haavisto (Finlandia) (*interpretación del inglés*): Señor Presidente: Permítame comenzar felicitándolo por haber sido elegido para presidir la Asamblea General durante su cuadragésimo noveno período de sesiones. Confío en que con su conocimiento amplio y profundo de las Naciones Unidas concluiremos con éxito este período de sesiones.

Desde que nos reunimos hace un año el mundo ha sido testigo de acontecimientos tanto positivos como negativos. Estos últimos merecen la atención especial de esta Asamblea. No obstante, permítaseme comenzar refiriéndome a algunos de los positivos.

Un acontecimiento importante es el progreso hacia la paz logrado en el Oriente Medio. Lo que parecía inalcanzable se está convirtiendo en realidad. Las Naciones Unidas tienen que ponerse ahora a disposición de las partes interesadas en la búsqueda de un acuerdo amplio para la región. También deben ayudar en el proceso de edificación de la paz y reconstrucción.

El Gobierno de Finlandia acoge con satisfacción el retorno de Sudáfrica a la Asamblea General, ahora con las credenciales de un Estado Miembro libre, democrático y sin

distinciones raciales. Sudáfrica tiene todo el potencial para llegar a ser una fuerza política y económica estabilizadora en África. Ya ha realizado una contribución positiva a la seguridad mundial al haber abolido, bajo verificación internacional, su programa de armas nucleares.

En las inmediaciones de Finlandia, la retirada de las tropas rusas de Estonia y Letonia ha puesto fin a uno de los dolorosos legados de la segunda guerra mundial. Confío en que los demás problemas que existen en las relaciones entre los Estados bálticos y Rusia se han de solucionar en el mismo espíritu que ayudó a solucionar la cuestión de la retirada de las tropas.

Mi Gobierno acoge también con satisfacción la cesación del fuego que el Ejército Republicano Irlandés declaró en Irlanda del Norte. Esperamos que ello facilite el logro de una solución pronta y duradera que resulte aceptable para todos.

Existen también indicios alentadores en la economía mundial, en particular en lo que concierne al sistema de comercio multilateral. Resulta urgente poner ahora en práctica los resultados de la Ronda Uruguay del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), incluido el establecimiento de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Se deben abordar también otras cuestiones relativas al programa de comercio, tales como el comercio y el desarrollo.

Estos acontecimientos positivos a que he aludido tienen un elemento en común: no hubieran sido posibles sin dirigentes valerosos. Constituyen un ejemplo del hecho de que se necesitan dirigentes pacientes y visionarios para poder solucionar los problemas que afronta la comunidad internacional.

En lo que concierne a los acontecimientos negativos, siguen existiendo muchos conflictos que ni las partes involucradas ni la comunidad internacional han querido —o han podido— solucionar. Las abominables tragedias de la ex Yugoslavia, Rwanda y Somalia han causado sufrimientos a millones de personas inocentes. Constituyen ejemplos aterradores de nuestra incapacidad de actuar cuando los dirigentes nacionales fracasan o cuando los conflictos internos de los Estados amenazan la paz y la seguridad internacionales.

El Consejo de Seguridad tiene la responsabilidad fundamental en lo que concierne al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, pero no puede —ni debería— actuar como sustituto de los Estados Miembros ni

de sus gobiernos. La idea de que las Naciones Unidas podrían o deberían intervenir siempre para rectificar acciones y políticas irresponsables constituye una impresión peligrosa y falaz, y tampoco se puede pretender que estén presentes eternamente en las zonas de conflicto. Asimismo, es obvio que las Naciones Unidas nunca estarán en una situación que les permita disponer de los fondos suficientes para responder a todas las demandas.

Debemos buscar nuevos medios y nuevos enfoques. Debemos ser capaces de evitar los incendios antes de que comiencen. Con excesiva frecuencia estallan conflictos como consecuencia de la falta de medidas preventivas y de una fe errónea en la disposición y capacidad de las Naciones Unidas para intervenir. Es evidente que se debería otorgar a las medidas preventivas un papel más importante en la labor de la Organización en lo que concierne a la solución de conflictos.

En el actual sistema de las Naciones Unidas de mantenimiento de la paz, se deben mejorar la supervisión política, la planificación y el mando y el control militares y se debe simplificar el sistema presupuestario. Por otra parte, afrontamos desafíos cada vez mayores ante situaciones de emergencia complejas, que incluyen aspectos políticos, militares y humanitarios. No se pueden abordar dichas situaciones exclusivamente mediante esfuerzos tradicionales en materia de mantenimiento de la paz, sino que ellas requieren de los Estados involucrados un enfoque amplio y esfuerzos sostenidos, así como también la asistencia de arreglos y organizaciones regionales.

En la actualidad, los problemas económicos, sociales y humanitarios se pueden debatir sin el velo de la ideología. Podemos abordar ahora cuestiones como la pobreza, la población, la justicia social y los derechos humanos sin enredarnos en una contienda entre sistemas sociales enfrentados. Se acepta cada vez más el vínculo que une a la paz mundial con el desarrollo económico y social, el estado de derecho y el respeto de los derechos del individuo. Se ha ampliado el concepto de seguridad, que abarca ahora no sólo factores militares y políticos sino también, entre otras cosas, los aspectos humanos y las necesidades del individuo.

En Río adoptamos decisiones importantes sobre el medio ambiente, en Viena sobre derechos humanos y en El Cairo sobre políticas de población. El año próximo nos reuniremos en Copenhague para la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social y en Beijing para mejorar la situación de la mujer. En 1996 se convocará en Estambul la segunda conferencia del Centro de las Naciones Unidas para los

Asentamientos Humanos (Hábitat). Estas conferencias deberían llevar a un mejor entendimiento del nuevo concepto de desarrollo humano sostenible, y —en última instancia— a su aceptación. El programa de desarrollo elaborado por el Secretario General debería complementar el proceso y esbozar el papel de las Naciones Unidas en el contexto más amplio del mejoramiento del ejercicio del poder en el mundo.

En esta perspectiva más amplia, la promoción y protección de los derechos humanos resulta crucial. Se deben poner en práctica los resultados de la Conferencia Mundial de Derechos Humanos celebrada en Viena. Estoy convencido de que el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos garantizará que la promoción de los derechos humanos sea incluida como parte integrante de todas las actividades de las Naciones Unidas.

En 1992, el Consejo de Seguridad declaró en forma unánime, y al más alto nivel político, que la proliferación de las armas de destrucción en masa constituía una amenaza a la paz y la seguridad internacionales. El Consejo afirmó así la norma fundamental que se estableció por primera vez hace un cuarto de siglo a través del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP). La adhesión casi universal al TNP demuestra que el mundo comparte ahora un interés común en la continuación de su existencia. Finlandia, al igual que muchos otros Estados partes, cree que se debe garantizar la existencia del TNP mediante su extensión indefinida e incondicional el año próximo.

He aludido a los desafíos que afrontan las Naciones Unidas. Quizás la mayor preocupación actual sea la falta de compromiso de muchos de los Estados Miembros con la Organización. Sin el pleno compromiso de todos nosotros las Naciones Unidas no pueden asumir su papel como centro de la conciliación y la cooperación internacionales. Prueba de ello es la situación financiera de la Organización, que es muy crítica. Los Estados Miembros, y me refiero en particular a los que no afrontan dificultades en su capacidad de pago, deben modificar su actitud y pagar de inmediato y en su totalidad las cuotas que les corresponden y las sumas atrasadas. De lo contrario, la Organización no podrá funcionar.

Finlandia ha pagado siempre sus cuotas en su totalidad y a tiempo. También lo han hecho otros, pero lamentablemente pocos. Ahora todos debemos aceptar una disciplina presupuestaria y financiera estricta. Hay que sancionar a los que infringen esa disciplina. Debería establecerse la práctica del pago de intereses sobre las moras y su cumplimiento debería ser obligatorio. Al mismo tiempo, natural-

mente, debemos exigir que las Naciones Unidas continúen realizando las reformas administrativas y financieras en curso.

En momentos en que las Naciones Unidas están por iniciar su segundo medio siglo de vida, las circunstancias son fundamentalmente diferentes a las que prevalecieron durante la mayor parte de los primeros 50 años. Por lo tanto, es importante transformar nuestra Organización para que haga frente a los desafíos de mañana y no a los de ayer.

La labor realizada durante el cuadragésimo octavo período de sesiones de la Asamblea General en lo tocante a la reforma del Consejo de Seguridad fue muy útil. Ahora tenemos que continuar esa labor y llegar a conclusiones aceptables para todos. Necesitamos asegurarnos de que el Consejo de Seguridad siga siendo eficaz y que su composición refleje mejor las realidades de hoy, tales como, entre otras, la responsabilidad cada vez mayor de Alemania y el Japón en los asuntos mundiales.

A medida que nos vamos acercando al quincuagésimo aniversario de nuestra Organización, debemos seguir construyendo sobre los cimientos sólidos de la Carta. Nuestras prioridades deben centrarse en la prevención y en el establecimiento de la paz para asegurar la paz y la estabilidad; en el desarrollo humano sostenible para obtener la seguridad a nivel individual, y en la reestructuración de nuestra Organización para lograr una mejor organización mundial.

Estas prioridades deben guiar nuestros esfuerzos conjuntos mientras avanzamos hacia el próximo milenio: “Unidos para un Mundo Mejor”.

El Presidente (*interpretación del francés*): Tiene ahora la palabra el Ministro de Relaciones Exteriores de Argelia, Su Excelencia el Sr. Mohamed Salah Dembri.

Sr. Dembri (Argelia) (*interpretación del árabe*): Señor Presidente: Su elección a la Presidencia del cuadragésimo noveno período de sesiones de la Asamblea General es un homenaje muy oportuno a sus grandes cualidades profesionales y humanas. Es igualmente un testimonio de la alta estima con que se considera a su país, la hermana Côte d'Ivoire, por la sabiduría y la prudencia que ha demostrado al asumir su destino nacional y desarrollar una acción regional e internacional serena y constructiva. Su elección es también un homenaje a nuestro continente, África, que ha lanzado este año a la comunidad internacional un mensaje de esperanza por el advenimiento de una Sudáfrica unida,

democrática y no racista, solemne-mente acogida en nuestras filas aquí mismo hace unos meses.

Su predecesor, el Embajador Samuel Insanally, ha agregado a su carrera prestigiosa los logros admirables de un mandato particularmente bien cumplido, con autoridad y eficacia. Nuestros mejores votos le acompañen en sus actividades futuras al servicio de Guyana, del tercer mundo y de la comunidad internacional en su totalidad.

Al Secretario General de las Naciones Unidas, Sr. Boutros Boutros-Ghali, quisiera reiterar el apoyo de Argelia en sus esfuerzos tendientes a la reafirmación del papel de nuestra Organización como crisol de una obra universal de paz y de desarrollo.

En este fin de siglo en que la conciencia de las amenazas mundiales que pesan sobre la paz plantea la necesidad de una respuesta colectiva, un nuevo pensamiento político y una explicación de los posturas se vuelven indispensables para la mejor comprensión de los desafíos que la comunidad de naciones enfrenta hoy.

Ante la heterogeneidad de los actores y de la complejidad de las estrategias, el desorden mundial actual parece forjar un nuevo orden de cosas en el que las diversas esferas —estratégica, económica, política, cultural, social y ecológica— tienden a acercarse entre ellas. Es decir, que en la situación muy contrastante y muy fluida del mundo en que vivimos, el orden internacional hace que las prácticas de los Estados sean más difíciles de coordinar y que las iniciativas de la comunidad internacional se vean forzadas a la improvisación y a la falta de lógica. Por lo tanto, el orden internacional no puede encontrar equilibrio más que en el dominio de las tendencias más importantes que modelan el futuro de los pueblos y de las naciones.

Es, pues, urgente eliminar las ambigüedades que impiden a la comunidad internacional avanzar hacia el dominio de su porvenir colectivo. A este respecto, las Naciones Unidas, refugio de las esperanzas humanas y receptáculo de nuestras aprensiones, tienen un papel especial y relevante que desempeñar, ya que constituyen un foro irremplazable de diálogo y de concertación.

Porque son también el vector de una visión de cambio que reconciliaría el curso de las relaciones internacionales con los fines y los principios de la Carta, las Naciones Unidas deben poder encontrar en la convergencia de las voluntades los recursos susceptibles de proyectar nuestra acción colectiva hacia horizontes nuevos de paz, seguridad y prosperidad universales y equitativamente compartidas.

Las perspectivas abiertas por el fin de la guerra fría y los cambios profundos que ha conocido el sistema internacional han favorecido nuevos modos de interacción. Se constata que la simplificación del juego internacional y las dinámicas sociales y económicas acentúan las desigualdades, y componen y recomponen constelaciones de fuerzas que escapan a las reglas del sistema mundial.

Se trata de manifestaciones de ambivalencia y de ruptura que preocupan. Presagian una perturbadora redefinición del equilibrio del mundo a través de la remodelación del destino de numerosos pueblos y naciones que enfrentan la inseguridad y la injusticia.

La marcha laboriosa de la comunidad internacional hacia la edificación de un orden mundial en el que las normas de funcionamiento y las leyes de la evolución se benefician de una adhesión universal claramente requiere un nuevo ímpetu para asegurar el control de los cambios que están teniendo lugar e integrarlos en una concepción ordenada de la transición.

Una seguridad derivada del esfuerzo del desarme y una solidaridad bien entendida y bien asumida que dé sentido y contenido al Programa de Paz y a un programa de desarrollo, así como a los resultados que se esperan de la primera Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social, conllevan esta promesa y ofrecen un marco y una razón de ser para realizar una labor positiva de examen de la comunidad de naciones para iniciar el próximo milenio con la certidumbre de un futuro más seguro.

El Movimiento de los Países No Alineados y el Grupo de los 77, que persiguen la búsqueda perseverante de ese futuro, naturalmente manifiestan más que nunca su interés y su disponibilidad para participar resueltamente en una asociación eficaz e igualitaria a fin de movilizar las energías de todos en beneficio de ese gran proyecto. Mi país no escatimará ningún esfuerzo por aportar su contribución.

Hace casi 40 años, el 1º de noviembre de 1954, Argelia decidió marcar su propia historia con el sello de los objetivos y principios de las Naciones Unidas a través de su lucha liberadora realizada en nombre de la igualdad de los pueblos y de su derecho a la libre determinación.

Como miembro activo de la Organización, que ha participado en tantos logros que honran a las Naciones Unidas, Argelia ha manifestado constantemente en este foro las aspiraciones de su pueblo, que corresponden a las de

tantos pueblos con los que comparte experiencias e identidad. Ya se trate de la descolonización o del desarrollo, del desarme o de los derechos humanos, de democratización de las relaciones internacionales y del propio funcionamiento de la Organización, Argelia ha sumado su voz y ha unido sus esfuerzos a los de todos los que han actuado de buena fe en una apuesta confiada sobre la capacidad de la comunidad internacional de superar las tramas de la coyuntura para aprovechar los grandes esfuerzos de concordia y ayuda universales.

Es este mismo espíritu el que ha animado las acciones concretas de mi país en los marcos de la solidaridad y la cooperación en el Magreb, en toda la región sahelosahariana, en África, en el mundo árabe y en el mundo musulmán, así como en el tercer mundo y en la cuenca mediterránea.

Argelia comprende muy bien el significado, el alcance y las consecuencias —en su entorno inmediato y más allá— de la empresa profunda de renovación nacional que realiza actualmente con confianza y determinación, al mismo tiempo que los sacrificios que realiza, tanto para con ella misma como para con los demás.

A ejemplo de la Revolución de noviembre, que sacudió las conciencias y liberó las energías creadoras, hoy es necesario realizar una nueva ruptura con otros tipos de comportamientos y de obstáculos para lograr el establecimiento de una sociedad joven y ambiciosa basada en el progreso y la modernidad a través de una democracia pluralista, la valoración de los elementos constitutivos de la personalidad nacional y la realización de los ideales universales de la justicia social y el desarrollo colectivo.

La restauración de la estabilidad política, la consolidación del Estado de derecho, la reactivación de un crecimiento económico generador de riqueza y bienestar, son paso obligado de la acción multidimensional de las autoridades responsables del período de transición, período durante el cual las energías de los ciudadanos y los principios intangibles de la República deberán unir sus esfuerzos para que el diálogo político abierto iniciado por el Presidente del Estado, Sr. Liamine Zeroual, lleve sin demora a la reanudación de un proceso electoral pluralista y sano que exprese la voluntad popular en la plenitud de su soberanía.

Con ese espíritu de determinación y de coherencia se realiza el combate decidido de Argelia contra la violencia y el terrorismo, tanto en sus manifestaciones como en sus

causas. Este combate necesario procede de la obligación del Estado de garantizar, como primordial entre los derechos humanos, la protección del derecho fundamental a la vida. Aplicamos el mismo vigor a nuestra denuncia colectiva de todos los gobiernos culpables de incitar y apoyar la violencia terrorista o que presenten actitudes de complacencia frente a los esfuerzos selectivos para impedir que la cooperación internacional aplique una estrategia de respuesta.

Este año ha cabido a Argelia el privilegio y la responsabilidad de coordinar la construcción de la unidad magrebí. En el cumplimiento de ese mandato, que tiene un valor de verdadero compromiso y servicio para todos los pueblos de la región, Argelia se está esforzando por consolidar los logros y fomentar nuevas iniciativas, teniendo en cuenta, en el marco de la perspectiva histórica en que se inscribe, el alcance de determinadas dificultades, endógenas y exógenas, que obstaculizan la progresión hacia los objetivos de la Unión del Magreb Árabe.

Entre estas dificultades figura sobre todo la situación particular en que se ha colocado a Libia, a la que se ha impedido aportar la parte que le corresponde en la valoración de los elementos complementarios regionales y contribuir al progreso económico y social de la región.

Esperamos que las propuestas constructivas de Libia destinadas a aplicar las resoluciones pertinentes del Consejo de Seguridad permitan llegar rápidamente a una solución pacífica y justa de los problemas pendientes y al levantamiento de las sanciones internacionales que afectan en forma negativa a las condiciones de vida del pueblo hermano de Libia.

De la misma forma, el pueblo del Sáhara Occidental, del que sería vano ocultar sus aspiraciones nacionales legítimas, espera que las Naciones Unidas y la Organización de la Unidad Africana cumplan escrupulosamente su misión conjunta de paz. La celebración de un referendo justo e imparcial para la libre determinación, de conformidad con el plan de arreglo convenido por las dos partes y ratificado por el Consejo de Seguridad, es una de las responsabilidades primordiales de las Naciones Unidas en virtud de la Carta y de la Declaración sobre la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales, y ningún factor adverso debería desviarlo.

La solución justa y duradera de la cuestión del Sáhara Occidental también es un elemento importante de la paz y la estabilidad de la región en su conjunto. También es inherente a la finalización del proceso de liberación del

continente africano. Por tanto, Argelia alienta al Secretario General de las Naciones Unidas a reunir las mejores condiciones posibles para que se aplique rigurosamente el plan de arreglo y a redoblar los esfuerzos a fin de lograr que el Reino de Marruecos y el Frente POLISARIO creen una dinámica política que permita superar todas las dificultades para la aplicación del proceso de referendo y más allá.

Gracias a tal dinámica política, Sudáfrica cumplió su compromiso con la historia para satisfacción de todos y las Naciones Unidas pudieron desempeñar un papel positivo, lo que complace y regocija a Argelia. Más allá de esos elementos específicos, el desmantelamiento pacífico del *apartheid* en Sudáfrica sirve también como ejemplo para otras naciones africanas que se ven sometidas a dolorosos enfrentamientos fratricidas.

Con la asistencia constante de la Organización de la Unidad Africana y las Naciones Unidas, Burundi y Rwanda deberían ser capaces de superar la tragedia que han vivido y de redescubrir las virtudes de una coexistencia armoniosa entre los componentes de sus respectivos pueblos para movilizar su energía al servicio de la unidad nacional, la democracia y la reconstrucción.

La restauración de la paz y la concordia en Angola y Mozambique, de conformidad con los acuerdos celebrados y respetando la voluntad popular libremente expresada, brindará finalmente a los dos pueblos hermanos la oportunidad de curar las heridas acumuladas durante numerosos años y contribuir a que el África meridional se transforme en una región de prosperidad.

Con una contribución notable de los países del África occidental, la situación en Liberia se orienta hacia una solución duradera, para con la que deben sentirse comprometidas todas las partes, a fin de prevenir un resurgimiento de la violencia y la inestabilidad en el país.

Por su parte, la situación conflictiva en Somalia sigue siendo un tema de grave preocupación para la comunidad internacional, cuya importante presencia sobre el terreno ha tenido resultados considerables en la esfera de la asistencia humanitaria y la reducción de la tirantez. Ha llegado la hora de que todas las fuerzas somalíes realicen esfuerzos para enfrentar el desafío de una existencia y una reconciliación nacionales a las que su pueblo aspira legítimamente.

Desde la Conferencia de Madrid, el Oriente Medio ha emprendido el camino de la negociación para construir una paz global, justa y duradera en una delicada región del

mundo, que ha padecido indecibles heridas y sufrimientos. A lo largo de un año, se han marcado importantes hitos como guía del camino de la paz mediante los acuerdos palestino-israelí y jordano-israelí, cuya conclusión celebró Argelia, abrigando la esperanza de que esas primeras medidas se vean consolidadas por la aplicación efectiva y diligente de las disposiciones acordadas y que a ello sigan rápidos progresos significativos que respondan a las expectativas del Líbano y Siria.

La construcción de la paz en el Oriente Medio se basa en los fundamentos sensatos y sólidos de la legalidad internacional y es importante que los elementos interrelacionados de esa construcción se conciban en función de los requisitos de un arreglo amplio y aceptable, en el que no tenga influencia el tiempo y que las generaciones futuras asuman plenamente. La restitución de todos los territorios ocupados por Israel en 1967, incluido Al-Quds al-Sharif y, evidentemente, el ejercicio por el pueblo palestino de sus derechos inalienables ocupan un lugar central en la trama de tal arreglo.

Argelia, que participa en los grupos de trabajo multilaterales surgidos de la Conferencia de Madrid, continuará realizando esfuerzos con convicción para lograr la unidad de palestinos y árabes con miras a la instauración de una paz duradera.

La unidad de los pueblos árabes, que se ve afectada por las secuelas de la guerra del Golfo, se presenta como un componente esencial de la paz en el Oriente Medio, que la comunidad internacional alienta y apoya. Desde esa perspectiva, parece ser un imperativo el mejoramiento definitivo de las relaciones entre Kuwait y el Iraq sobre la base de la legalidad internacional y el respeto de los principios de la independencia, la soberanía nacional, la integridad territorial, la no utilización del uso o la amenaza del uso de la fuerza y la no injerencia en los asuntos internos. Habida cuenta de que se ha consagrado internacionalmente el marco geográfico de la coexistencia y las relaciones de vecindad pacíficas entre los dos países, cabe esperar que se halle una solución satisfactoria de las cuestiones humanitarias pendientes para que un ambiente de reconciliación pueda estimular actos concretos en ese sentido. Ahora deben levantarse las sanciones económicas que causan grandes sufrimientos al pueblo iraquí, ya que han cumplido su función, habida cuenta de la cooperación que brindaron las autoridades iraquíes en la aplicación de las resoluciones del Consejo de Seguridad y de que su mantenimiento puede parecer a corto plazo una demostración de indiferencia para con un pueblo en peligro.

Con ese mismo espíritu, quisiera reafirmar que Argelia apoya el restablecimiento y la preservación de la soberanía de los Emiratos Árabes Unidos sobre las Islas de Abou Moussa, Greater Tumb y Lesser Tumb, que aún se encuentran bajo ocupación extranjera.

La tragedia en Bosnia y Herzegovina, que se agrava constantemente y pone en tela de juicio los fundamentos mismos de las Naciones Unidas debido a la suerte de un Estado Miembro de nuestra Organización, se presenta a nuestras conciencias como una temible prueba de credibilidad en cuanto al cambio en las relaciones internacionales hacia el imperio de la justicia y el derecho. Pese a haberse acogido con beneplácito, los acontecimientos que han tenido lugar desde hace un año en la escena internacional —bajo la inspiración del despertar de la conciencia ante las angustias de la “depuración étnica” y de las condiciones infrahumanas impuestas al componente musulmán de la población del país— no lograron dominar ni al extremismo de la minoría activista serbia ni al irredentismo que amenazan la soberanía y la integridad territorial de la República de Bosnia y Herzegovina. En el ejercicio de sus responsabilidades nacionales a favor de los intereses superiores de su pueblo, en momentos cruciales para el futuro de su país, la República de Bosnia y Herzegovina cuenta con la solidaridad y el apoyo plenos de Argelia.

En momentos en que el pueblo haitiano y la comunidad internacional tienen a su alcance una solución pacífica y feliz de la crisis que esa República padece desde hace tres años, Argelia hace votos por que la paz, la estabilidad, la democracia y el progreso se promuevan de manera resuelta y duradera en ese país.

El siglo XX, en el que la humanidad ha logrado dominar a la naturaleza de manera considerable a través de prodigiosos progresos científicos y tecnológicos, pasará no obstante a la historia como el siglo que no logró cubrir las necesidades de seguridad real y completa del género humano.

La reducción de las distancias, la interdependencia de las naciones, el carácter global de la economía y de las comunicaciones coexisten con una incapacidad insostenible de reducir el hambre, la pobreza y las pandemias, mientras el poder apocalíptico de arsenales nucleares supera todo lo que puede entender la razón.

El fin de la guerra fría ha hecho posible el surgimiento de una concepción de la seguridad fundada en el desarme general y completo y el progreso económico y social.

Es importante que el desarme nuclear continúe en forma constante y que los pocos resultados notables que se han obtenido en la reducción de las armas nucleares de los Estados Unidos y la Federación de Rusia se puedan ampliar y fortalecer para lograr en forma rápida un tratado sobre la prohibición total de los ensayos nucleares.

Con este espíritu, Argelia se ha esforzado siempre por que se entienda en forma renovada la seguridad colectiva sobre la base de un desarme general y completo. Mi país siempre ha considerado que los problemas relacionados con el desarme y la no proliferación y, por lo tanto, la seguridad internacional, no se pueden separar de los relacionados con el desarrollo económico y social.

Igualmente, es con este mismo espíritu que mi país adoptó una actitud clara y comprometida en favor de la utilización pacífica del átomo.

Por lo tanto, tengo el honor y el placer de anunciar solemnemente desde esta tribuna la decisión de Argelia de presentar al margen de esta Asamblea los instrumentos de adhesión al Tratado de no proliferación de las armas nucleares. Con esta adhesión Argelia espera contribuir al esfuerzo colectivo de desarme general y completo mediante el cual el Tratado de no proliferación de las armas nucleares debe ser promovido, en el momento de su próximo reexamen, como instrumento eficaz de desarme y vector de la utilización pacífica del átomo al servicio del desarrollo. Es importante también que la Convención sobre la prohibición de las armas químicas entre en vigor y produzca efectos completos.

El establecimiento de zonas libres de armas nucleares y de destrucción en masa en África y en el Oriente Medio y la transformación del Mediterráneo en un lago de paz y de cooperación, integran la misma problemática y merecen la adhesión y el apoyo de todos.

Este desafío se impone con todos sus imperativos ante los peligros de una transición mundial desordenada, plena de incertidumbres y portadora de poderosos gérmenes de fragmentación.

Es evidente que la brecha del desarrollo, cada vez mayor entre el Norte y el Sur, agravada en particular por la falta de un verdadero diálogo, aumenta la urgencia y necesidad de que la comunidad internacional siga el camino del dominio concertado de los fenómenos de la interdependencia y que se encuentren los elementos para una cooperación resuelta al servicio de un desarrollo solidario.

En este contexto de conversión global acelerada de la realidad económica internacional, la cooperación para el desarrollo constituye por cierto la única respuesta viable a las exigencias de una nueva reglamentación mundial destinada a lograr las condiciones de una seguridad internacional duradera y compartida.

El mensaje de las Naciones Unidas, al que los objetivos y principios de la Carta dan una naturaleza y un alcance particular por su concepción y su generosidad, se ha desarrollado por todo el mundo y ha permitido que la Organización tenga una participación casi universal, lo cual demuestra su autoridad e influencia.

El esfuerzo de reestructuración del sistema de las Naciones Unidas y el debate sobre la representación equitativa en el Consejo de Seguridad ofrecen a este respecto una oportunidad valiosa de examinar en forma introspectiva y rigurosa la vida institucional de la Organización, así como tener en cuenta en forma lúcida las posibilidades del requisito de democratización y de participación en el proceso de toma de decisiones para que todos los órganos actúen siempre en plena legitimidad en nombre de toda la comunidad internacional.

La revitalización de las Naciones Unidas mediante la eliminación de las prácticas y los legados de la guerra fría requiere que se le dé una función preeminente en cuanto a la concepción de las estrategias y políticas globales de desarrollo económico y social.

El año que nos separa de la celebración del quincuagésimo aniversario de las Naciones Unidas podría aprovecharse para promover la coherencia de todos los países en este fin de siglo.

De esta manera la comunidad internacional, a través de un esfuerzo solidario y concertado, podría encontrar los medios de una nueva dinámica de paz y cooperación. De ello depende nuestro futuro colectivo.

Se levanta la sesión a las 13.25 horas.